

CUADRO GENERAL

DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN 1895

CUANDO al fin del año se trata de resumir en breves términos las noticias dadas al día, ocurre desde luego la idea de que la Iglesia católica alcanza sus victorias á costa de mil combates. Y en la historia de las Misiones especialmente, esta idea se impone á los espíritus más superficiales ó prevenidos. Teniendo que luchar, en efecto, con dificultades materiales y visibles; encontrándose casi siempre en frente de pueblos declaradamente hostiles y poco al tanto de los recursos de la diplomacia, el misionero no se ve obligado, como el sacerdote de los países civilizados, á guardar ciertas atenciones que gastan sus fuerzas ó disminuyen su prestigio: lucha, sufre, triunfa algunas veces y con más frecuencia muere en la demanda, cayendo en su surco medio trazado, pero que otros vendrán á continuar y fecundar con su sudor y su sangre. He aquí, en breves palabras, la historia anual del apostolado. Los países en que se ha combatido se transforman sin duda todos los años, pero el cuadro queda el mismo, y ofrece siempre las mismas peripecias con actores diferentes.

Poco diremos de Europa, pues á pesar de los esfuerzos de la Iglesia, y del espíritu de conciliación y de prudencia llevado por Roma hasta el último límite, no podemos señalar en el estado general de las naciones

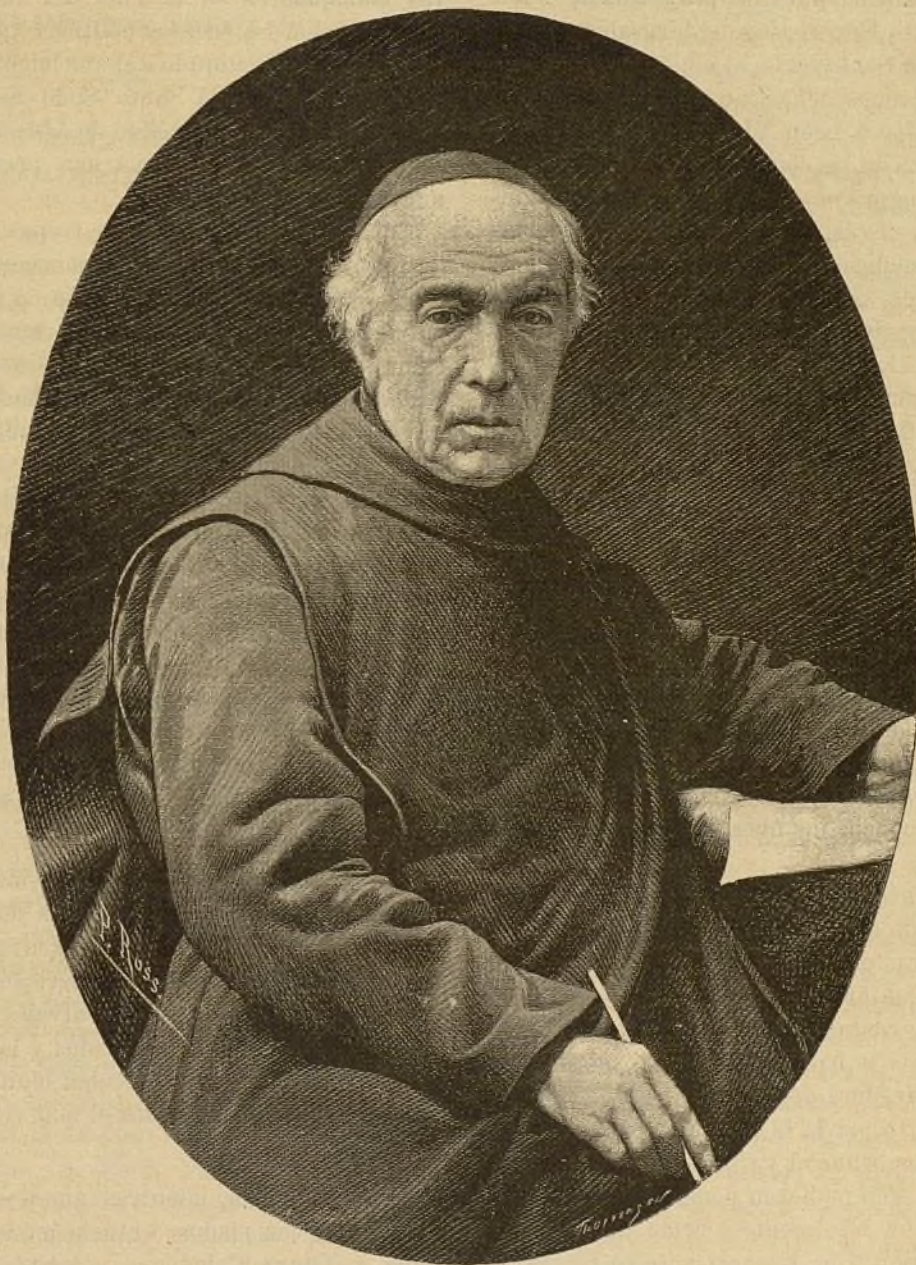
Año IV.—N.º 74

católicas, sino insignificantes mejoras. Con todo, en los países que invadió en otro tiempo el Protestantismo, si no son frecuentes las conversiones en las masas populares, en cambio la clase instruida, y aun los mismos ministros del error, suministran gloriosas adhesiones que son rica esperanza para el porvenir. En todas partes donde veinte años atrás el odio contra Roma estaba á la orden del día, vemos hoy á la Iglesia católica reconocida como una imponente fuerza moral y tratada, por nobles y leales adversarios, con respeto y cortesía.

Lo que decimos de las naciones protestantes podemos afirmarlo asimismo de los Estados sometidos al Sultán de Constantinopla: hasta estos últimos tiempos gozaban allí libertad ilimitada el culto católico y sus manifestaciones exteriores: nuestras Hijas de la Caridad y nuestros Hermanos de las Escuelas cristianas, todos nuestros Religiosos, lejos de ser tratados como parias y considerados como enemigos y extranjeros, no solamente tenían derecho de ciudadanía, sino que se les miraba, á causa de su abnegación, «como una sonrisa del cielo á la tierra.» Mas ¡ay! el fanatismo que todos creían extinguido, acaba de ensangrentar la Armenia. La prensa ha hablado de esas ma-

tanzas dignas de las edades y los pueblos más salvajes; y nos preguntamos si Europa intervendrá por fin, ó si dejará que los verdugos prosigan su obra. Mientras esperamos la hora de Dios y el triunfo de la civilización, enviamos á aquellos infelices cristianos el homenaje de nuestra simpatía y respetuosa conmiseración.

Entre tanto, después de haber deplorado ese despertamiento de la intolerancia turca al servicio de una idea política, cuando vemos en las naciones protestantes el



EL P. M. ALFIERI, superior general de la Orden de San Juan de Dios
(Pág. 46)

45 Enero 1896

aprecio que se hace del Catolicismo, nos preguntamos por qué, en los hermosos países cristianos que la Iglesia hizo tan grandes, un poder oculto prosigue su obra de muerte y de desorganización social, impone su consigna á los poderes públicos, y reemplaza los procedimientos caballerescos de otro tiempo con medidas tan odiosas como mezquinas.

En Asia, uno de los acontecimientos de más trascendencia del año, ha sido la convocación de los Patriarcas orientales en Roma. Como es sabido, el Padre Santo había preparado la realización de sus proyectos de unión enviando al Congreso Eucarístico de Jerusalén, en calidad de legado de la Santa Sede, al eminentísimo Arzobispo de Reims. A consecuencia de esta misión, parecióle llegado el tiempo á León XIII de intentar un supremo esfuerzo cerca de las comunidades orientales. De ahí la Encíclica asegurando á aquellas antiguas Iglesias su autonomía y el respeto á sus liturgias nacionales; de ahí otra Encíclica en la cual se trazan reglas y límites precisos á los sacerdotes latinos auxiliares de los cleros orientales; de ahí un llamamiento dirigido al pueblo copto y los elogios tributados solemnemente á los Jesuitas que trabajan en la instrucción de aquel clero venerable; de ahí también una última Encíclica que quedará, en el libro de oro de nuestra Obra, como uno de nuestros mejores títulos de gloria. En este grandioso documento dirigido al universo, el Sumo Pontífice exalta de nuevo una Obra que ha sido, en el siglo XIX, el auxiliar más poderoso del apostolado, y asociándola á los vastos proyectos de su corazón sobre el Oriente, la recomienda á la caridad y solicitud de todos los Obispos del mundo. Esperamos que el mundo contestará generoso á este llamamiento y nos permitirá participar, como hijos sumisos, en las grandes y santas esperanzas de León XIII, «sin tener que restringir, como dice él mismo, la feliz influencia de nuestra Obra en el resto del universo.»

En el Extremo Oriente todas las Familias religiosas continúan trabajando en la noble causa de la civilización y la fe. Mientras que los Padres Jesuitas procuran en la India, y frecuentemente con feliz éxito, combatir las prevenciones de castas, la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París se hace cada vez más merecedora de su título de proveedora del martirio. En el Laos el P. Verbier ha muerto por la fe con sus catequistas; en Su-Tchuen los Ilmos. Dunand y Chatagnon, prisioneros de los mandarines, sólo pudieron ponerse en salvo merced á la intervención inteligente y firme del ministro de Negocios extranjeros de Francia y de su representante en Pekin, el Sr. Gerard.

No entra en el plan de un resumen tan rápido citar todos los actos de abnegación llevados á cabo. Sería preciso nombrar las Familias religiosas que, pertenecientes á todas las nacionalidades, surcan el continente asiático. Recordemos de paso, sin embargo, á los ilustres Colombert y Cordier, que dejarán en Saigón y en Cambodge tan gran renombre de prudencia, y al Ilmo. Bax, de la Congregación belga de Schent-lez-Bruxelles, que en Kansu y Mongolia será el modelo del verdadero misionero.

En Africa el año 1895 ha visto la realización de un proyecto caro al eminente cardenal Lavignerie: la toma de posesión por el apostolado de la estación de Tambuctú, aislada en las arenas del Gran Desierto, habiendo sido el R. P. Hacquart, de los Padres Blancos, obra predilecta del gran Pontífice africano, quien ha tenido el honor de ser el primero en plantar la cruz en la metrópoli del Sudán Central.

Si nos acercamos á la costa oriental del Continente Negro, vemos en las altas mesetas abisinias, cultivadas hace más de medio siglo por los Lazaristas, nuevos trabajadores en la viña del Señor. Tomando en consideración los sucesos políticos, que han hecho pasar bajo el protectorado italiano buena parte de la cuenca del mar Rojo, la Santa Sede ha desmembrado el antiguo vicariato apostólico de Abisinia, encomendando á los Capuchinos de Roma una prefectura apostólica nueva, la de Eritrea.

En Madagascar, donde las tropas francesas acaban de terminar la conquista, un porvenir lleno de promesas se abre á la evangelización, y para contestar al movimiento de conversiones que seguirá de cerca á la caída de un Gobierno hostil al Catolicismo, la Santa Sede ha distribuido entre tres grandes Familias religiosas la isla, hasta ahora encomendada exclusivamente á la Compañía de Jesús.

Esta benemérita Sociedad ha perdido en 1895 uno de sus más ilustres Religiosos. En la isla de Madagascar, en Mauricio, el Ilmo. León Meurin terminó en el mes de Mayo, con una piadosa muerte, su laboriosa y fecunda carrera apostólica. Después de haber gobernado durante veinte años la diócesis de Bombay, fué promovido al arzobispado y transferido á la sede de Puerto Luís.

En la costa occidental una Misión nueva, la prefectura de la Costa del Marfil, ha sido erigida en 1895.

En el Nuevo Mundo el Catolicismo continúa sus pacíficas conquistas en medio de las sectas de toda denominación que se reparten los sesenta millones de habitantes de la república norteamericana.

Las infelices poblaciones salvajes del Canadá Septentrional reciben los cuidados y las lecciones de los Padres Oblatos, cuya actividad multiplica los focos de civilización cristiana hasta el mar Glacial.

En la Polinesia, mientras que los Padres Maristas celebraban con piadoso entusiasmo el jubileo de su llegada á Nueva Caledonia, y daban gracias á Dios por las gracias abundantísimas derramadas sobre sus cincuenta años de ministerio en la gran tierra canaca é islas vecinas, otros misioneros, los Padres de Picpus, echaban la red evangélica en las aguas del archipiélago Cook, y anexionaban al reino de Jesucristo toda una pléyade de islas.

Séanos permitido, al terminar, hacer un caluroso llamamiento á nuestros bienhechores. La cosecha se anuncia abundante, y numerosos son los operarios evangélicos, pues nunca en nuestras casas donde se preparan las Misiones, han sido tan multiplicadas las vocaciones.

Lo que falta son recursos materiales que aseguren á los apóstoles, no las riquezas del Protestantismo, sino el pan cotidiano, y la posibilidad de levantar una pobre capilla y una modesta escuela. En el momento de escribirse estas líneas se recogen y centralizan las limosnas del año. Que todos, al entregar sus ofrendas, atiendan los gritos de angustia del apostolado. Dios, como lo saben muy bien, no se deja vencer en liberalidad, y el Dueño de la viña les recompensará con creces sus sacrificios.

CORRESPONDENCIA

RUSIA ASIÁTICA

Vida de un sacerdote en la Siberia

II

HE aquí una breve descripción de un viaje nocturno desde la ciudad de Kamisk á un pueblo lejano: «Un día me llamaron con toda urgencia á asistir á un pobre desterrado. Como el camino era malo y la distancia tan grande, tomé tres caballos que enganché en tandem. En el primero iba sentado un kalmuk, otro iba sobre la caja, y acurrucado detrás de mí en el trineo estaba un niño á quien había yo enseñado á ayudar á Misa. El frío era atroz, el penetrante aire siberio mugía ferozmente, y una espesa capa de nieve cubría las estepas en toda la extensión que abarcaba la vista. Después de mucho batallar con el helado viento, y obligados de continuo á salir del trineo para sacarlo de entre los entrecortados pantanos de hielo, llegamos á un punto sin salida. Pregunté al cochero dónde íbamos á pasar la noche.

«—Temo, contestó, que tendremos que hacer alto aquí donde estamos.

«—Pero nos vamos á morir helados, exclamé.

«—Es posible, me dijo, pero quizás el Señor nos dejará ver la aurora. Nada podrá hacerse sino aguardar.

«Pasaba hora tras hora. De vez en cuando hablaba yo á mi gente, hasta que al fin comencé á notar que se estaban helando y no contestaban. Viendo que estaba yo más abrigado de ropa que ellos, les obligué á entrar en el trineo, y quedé en pie al lado de los caballos. Al cabo de una hora poco más ó menos les pregunté si aún vivían. Un débil, casi imperceptible *sí*, fué la respuesta, pero entonces comencé yo también á sentir el resultado de estar expuesto, á un frío tan intenso, y á presagiar que no podría durar largo tiempo si seguía como estaba. Me resolví entonces á caminar á pie, diciendo á los hombres que quizás el Señor me daría fuerza para llegar á algún caserío, y pregunté al cochero si podría indicarme la dirección de la aldea á donde íbamos. Así lo hizo, añadiendo que estaba á veinte kilómetros del sitio donde nos hallábamos. A pesar de esto, resolví hacer un esfuerzo, pues era el único modo de salvarnos. Pero mis miembros estaban transidos, y me sentía sobrecogido de languidez y sin fuerzas. Hice un esfuerzo vigoroso, pero después de dar algunos pasos más, una especie de alucinación me sobrecogió. Me parecía ver palacios encantados y

luces, hasta que al fin caí en la nieve y perdí por completo el conocimiento.

«Al volver en mí, con gran sorpresa me encontré en una cama caliente, rodeado de caras amigas que con lágrimas en los ojos me miraban. El Señor se había compadecido de su pobre siervo. Cuando estuve bien para poder oír, me dijeron cómo me habían salvado. Al amanecer un aldeano del pueblo á donde yo iba tuvo que salir á cierta distancia para un negocio suyo. Mirando á lo lejos observó una cosa negra en medio de la nieve, y se dijo á sí mismo:

«—Por la tarde cuando vuelva iré á ver qué es eso.

«Pero sintiendo interiormente un impulso que le movía á ir allá y ver lo que era, fué al fin y se encontró que la masa negra era un hombre casi helado de muerte. No era esto cosa extraña en aquel país. Al arrodillarse notó había aún algún calor en el cuerpo, y así, poniéndolo en su carro, resolvió volver de nuevo á la aldea.

«Al acercarse á ésta se encontró con un hombre á la puerta de su casa que, al verle le preguntó qué traía.

«—Un pobre hombre que he encontrado en las estepas, contestó el interpelado.

«El interlocutor, habiéndose acercado al carro para ver al hombre medio helado, exclamó:

«—¡Dios mío, si es nuestro Padre misionero, el mismo á quien yo venía á buscar!

«El pobre hombre me llevó á su casa, y con su mujer é hijos hizo cuanto pudo por volverme á la vida. Mis primeras palabras fueron para averiguar el paradero de mis criados que habían quedado en el trineo, pero por entonces los aldeanos habían ya enviado gente para buscarlos, y los encontraron inmóviles y sin conocimiento en el mismo sitio donde yo los dejé. Uno de ellos estaba ya muerto, el otro murió el día siguiente, y sólo sobrevivió el niño, mi ayudante de Misa, á quien fué necesario amputar ambas manos por estar completamente heladas.»

No es esta la vez única en que como buen pastor estuvo el P. Gromadski á pique de perder la vida.

Una tarde fué llamado á asistir á una mujer moribunda que vivía á ciento cincuenta kilómetros de Omks. Llegó el aviso en el momento mismo en que el Padre se preparaba á celebrar los Oficios por uno de sus feligreses que acababa de morir. Los amigos del misionero le suplicaron que dilatara su viaje hasta que la nieve hubiera cesado de arremolinarse; pero no quiso oír razón alguna en contra de lo que él juzgaba ser su deber.

—Un moribundo no puede aguardar, pero un muerto sí, fué la única respuesta que dió á las razones que se le ponían. Ordenó que el féretro fuese llevado á la iglesia, y aplazando el funeral para el siguiente día, emprendió al momento su viaje.

«Todos, escribe, me tenían por loco, pero yo me puse en manos de Dios, y animado con la urgencia del aviso, ante la idea de la salvación de un alma que estaba en el momento crítico, me puse en camino. Llevé tres buenos caballos. El trineo bamboleaba por el camino á izquierda y derecha como si fuese un bote en medio de una tempestad; de continuo caíamos en los hoyos de nieve, y el viento arrojaba sobre nuestras

caras, dejándonos medio ciegos, nubes de nieve. De repente el cochero se volvió á mí y me dijo que había perdido el camino y no sabía qué dirección tomar, añadiendo en seguida con voz desmayada:

«—Tengo en mi casa mi mujer y un hijo, y ya no los veré más.

«Su desaliento era contagioso, porque me lo comunicó también á mí, y mi ánimo quedó postrado; sin embargo, conociendo que era inútil desalentarse, le pregunté resuelto cuánto tiempo podrían sus caballos soportar la tensión necesaria para seguir adelante.

«—Son los mejores animales que hay en Omks, me replicó, y no saben lo que es cansancio.

«—¿Conocen el camino? le pregunté de nuevo.

«—Sí, por cierto, contestó el cochero, como que los compré en el mismo sitio á donde vamos.

«—¿Y V. ha estado antes alguna vez por estos senderos?

«—Sí, muy á menudo, pero jamás en medio de tal torbellino de nieve como ahora tenemos. Yo, murmuró entre dientes, no hubiera dejado ni aún siquiera á un perro salir fuera con este temporal.

«Echéme encima un manto hecho de lana y cerda de caballo, y envolví al cochero en mi gabán de pieles, diciéndole:

«—¿Ha perdido V. alguna vez el camino entre estas estepas?

«—Jamás, contestó: muchas veces me ha sucedido que, cuando el viento era fuerte, me he echado en el fondo del trineo y los caballos me han traído á casa con toda seguridad. Pero hoy el viento es demasiado borrascoso; gruñe como si fuera un espíritu infernal.

«—¿Cree V. en Dios? le dije yo entonces. ¿No confía V. en su Providencia?

«—Sí, replicó el pobre hombre.

«—Haga V., pues, el acto de contrición, duélase de sus pecados, y repita conmigo la oración que voy á decir.

Así lo hizo, y en seguida me dijo:

«—¿Pero qué vamos á hacer? Si permanecemos aquí, de seguro moriremos.

«—Ea, le dije yo. Arree V. en nombre de Dios, arree V., y confíe en su Providencia.

«Dió entonces un latigazo á los caballos, que arrancaron á todo galope. De repente el sonido de una campana llegó á nuestros oídos, y conocí que debíamos de estar cerca de algún pueblo.

«—Mal agüero es éste, exclamó el cochero; doblan á muerto por nosotros. ¡Y tendré que morir lejos de aquellos á quien amo, con la nieve por mortaja y sin más Oficio fúnebre que el triste y pavoroso viento!

«A estas desesperadas palabras no pude contener las lágrimas. De pronto, sin motivo alguno aparente, los caballos se detuvieron, quedando inmóviles como si fueran de piedra. En vano los hostigaba el cochero. Encabritándose rehusaban pasar adelante. Fustigados de nuevo los pobres animales, haciendo un esfuerzo como para salvar un barranco, se lanzaron adelante. Su instinto les había manifestado lo que nosotros no sabíamos.

«—¡Estamos al borde de un precipicio! gritó el cochero con voz agonizante; ¡estamos perdidos!

«Invoqué á Jesús y María, conociendo que nos despeñábamos de una inmensa altura, y caí sin sentido. Al volver en mí, encontré que estábamos rodeados por todas partes por murallas de nieve, y que humanamente no habría escape para nosotros. Hice un esfuerzo para salir de la hondonada de nieve donde estaba tendido, y fui en busca del pobre cochero, á quien encontré sentado y sollozando.

«—Es inútil querer salir del sitio donde estamos, me dijo; resignémonos á morir. Tenga Dios misericordia de nosotros, y haciendo la señal de la cruz, se tendió como si se echara en la cama.

«Procuré levantarle, le supliqué que me ayudara á sacar de entre la nieve el trineo y enganchar los caballos con el destrozado aparejo. Así lo hizo, pero por minutos iba quedando más y más entorpecido. Vi que una parte del precipicio estaba más baja que todo lo demás, y al fin conseguí que los caballos trepasen hacia aquel sitio en el momento en que una racha de viento, arrojando á un lado la nieve, nos abrió como un sendero. El frío, sin embargo, era cada vez más intenso. Procuré calentar con mi aliento al cochero, cuyos labios se abrieron solamente para decir que le dejase morir en paz. Al fin yo también comencé á perder la esperanza, y encomendé mi alma á Dios. Me acordé entonces de las palabras del profeta David: *In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum*. El sonido de las campanas que había antes oído, llegó ahora á nuestros oídos más perceptible. Después supe que era costumbre en estos países tocar las campanas en los temporales de nieve para encaminar á los viajeros que habían perdido el camino. El sonido me dió brío, los caballos parecían también entender que el socorro estaba cerca, y al fin á las once de la noche llegamos al pueblo. Para consuelo mío, el cochero aún vivía, y con los cuidados y solicitud pronto se puso bueno. Pero yo aun no había llegado al fin de mi viaje. La mujer moribunda vivía en otro pueblecito á siete horas de camino. Sin embargo, como el viento había cesado y las estrellas aparecían en el firmamento, pude continuar mi viaje. Cambié caballos, y estando ya el camino perceptible, llegué al término de mi expedición á las seis de la mañana.

«No puede V. figurarse cuál fué mi consuelo cuando entré en la pobre cabaña y hallé allí el altar ya preparado. No había tiempo que perder. Me revestí inmediatamente para comenzar la Misa, casi abrumado por la multitud de pensamientos que se agrupaban en mi mente, pero con la grandísima alegría de ver que no había llegado tarde. La pobre moribunda, que habla estado privada del consuelo de oír Misa por espacio de doce años, no pudo contener las lágrimas al verme. Supliqué á la mujer que la cuidaba que la llevara al pie del altar, diciendo que allí quería entregar su alma á Dios. Durante todo el Sacrificio suspiraba, rezaba y lloraba; pero sus lágrimas eran más de gozo y gratitud que de pena. También á mí se me caían las lágrimas sintiendo cuán gran favor era poder consolar tan eficazmente á un moribundo. Con gran fervor recibió el Viático, y su gratitud y gozo fueron para mí paga muy sobrada por los peligros y cansancio que había experimentado. Noté que aquella pobre gente estaba en la

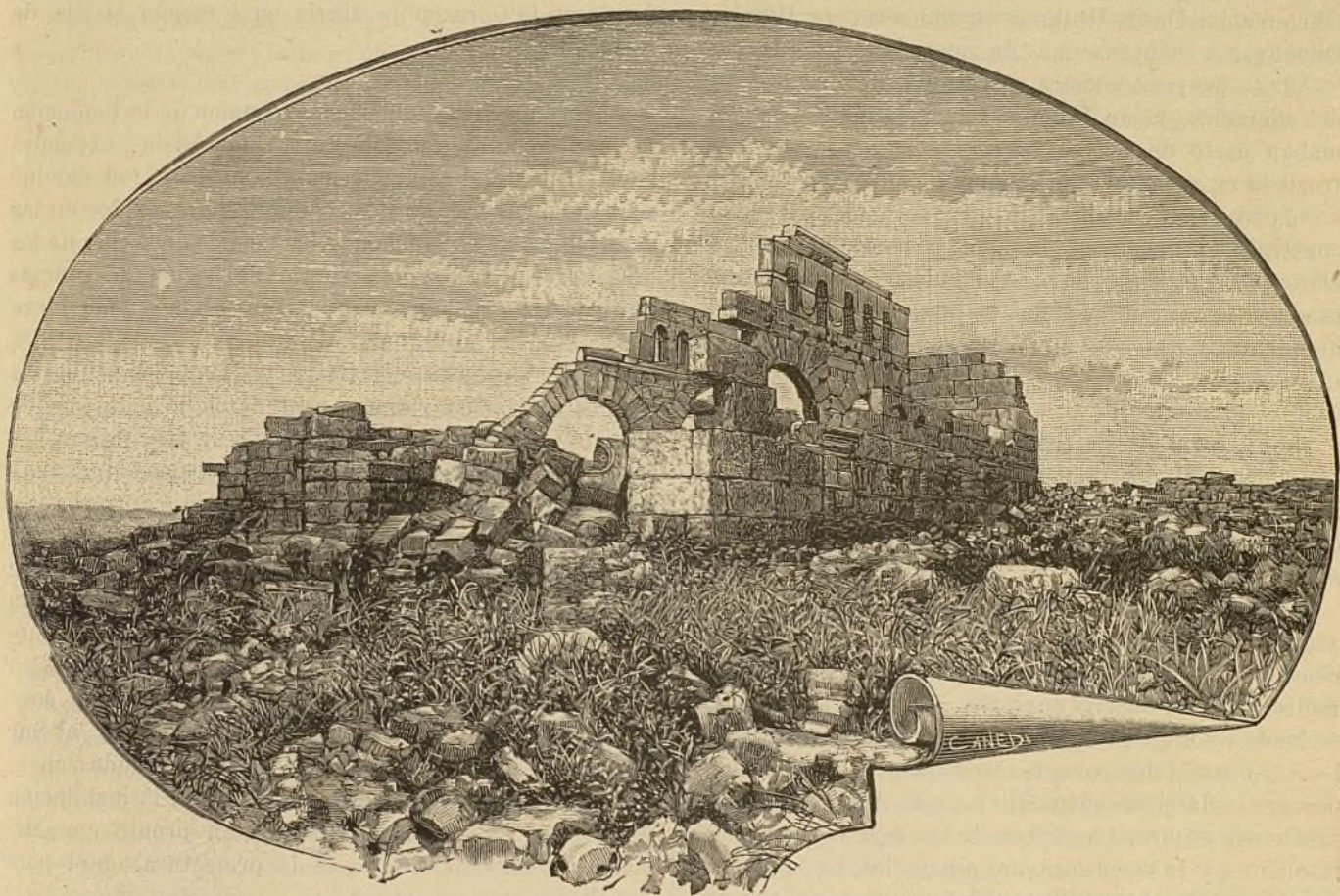
más completa indigencia, y así, al dejarles, les entregué todo el dinero que tenía en mi poder, y en seguida me volví de nuevo á Omsk.»

Pero no son solamente la nieve y el frío los únicos peligros que hay en Siberia. En otra carta á su madre leemos lo que sigue: «Habiendo dado una Misión en Kuzmeck, donde hay un buen número de católicos empleados allí por los mercaderes, fuí en seguida á la ciudad de Bysk. El camino cruzaba las montañas de Aksuna. El paisaje es hermoso, y parecido á los más bellos de Suiza. Las montañas son muy altas, y hay en las faldas magníficos bosques de cedros y pinos. El camino mismo semeja una de esas espléndidas avenidas de un parque, lindando como está por ambos lados con árboles gigantescos. La noche era clara y agra-

«—Cree V., pregunté, que el animal estará ahí largo tiempo?»

«—Quizás una hora, quizás más; fué la contestación.

«Nada agradable era nuestra situación. Los caballos relinchaban, estando inmóviles como si fueran de piedra. No había más remedio que aguardar con paciencia hasta que el oso tuviera á bien marcharse. Al cabo de media hora se empinó sobre las patas traseras, dió un aullido tan feroz que los caballos temblaron, y en seguida desapareció en el bosque. En cuanto juzgamos que estaba á distancia segura echamos á escape, no sin mirar con temor de cuando en cuando hacia atrás para ver si venía trotando tras de nosotros. Cuando llegamos á la próxima parada, el cocheró estaba tan blanco como una hoja de papel, y apenas podía hablar.



SIRIA.—Barad: Iglesia del siglo IV. (Pág. 41)

dable. Habíamos pasado el río Czoryz y entrado en la parte más espesa del bosque, cuando nos encontramos con el coche correo que había salido un poco antes que nosotros y estaba parado.

«—¿Qué es eso? pregunté á mi cocheró, ¿por qué no van adelante?»

«—Un oso no se lo permite. ¿Ve V.?»

«—Saqué entonces la cabeza por entre la capota del coche, y vi un bulto grande en medio del camino que parecía como un montón de paja oscura.

«—¿Es ese el oso? dije yo.

«—Sí, señor, replicó el cocheró.

«—¿Por qué no procuran Vds. seguir adelante rodeando un poco?»

«—No lo permita Dios, fué su respuesta, porque nos seguiría entonces, y nos haría pedazos.

Según parece era una osa con dos crías, y con lo que aquí llaman un cachorro-criado, que es un osillo de un año que sigue á la madre y la ayuda á cuidar y defender las crías. Estas, al sentir nuestra llegada, asustadas treparon á los árboles, la madre y el cachorro quedaron en el camino para asustar á cualquiera que se atreviera á aproximarse ó intentara pasar. Si hubiéramos persistido en seguir adelante, se habría arrojado sobre nosotros para hacernos pedazos. Son animales tan poderosos, que algunas veces se encuentran cadáveres con las manos completamente desencajadas, y esto precisamente había acaecido unos pocos días antes, así es que no me admiro de los temores de mi cocheró. A pesar del retraso, el enfermo á quien iba á visitar estaba aún con vida. Recibió los últimos Sacramentos con gran piedad y devoción, y á poco entró en agonía.

ALTA CIMBEBASIA (Africa Occidental)

Fundación de una Misión entre los amboelas (conclusión)

NINGUNA mejoría se presentaba en la salud del Hermano Rodríguez; pues si bien las llagas tendían á cerrarse, agravábase su estado mórbido general. Por mi parte, á la anemia que me consumía uníronse síntomas de fiebre hematórica y tan violentos dolores de cabeza que me hicieron temer la complicación de una meningitis.

En aquella época el país de los amboelas era apenas conocido en la colonia portuguesa. Ningún camino le ponía en comunicación con Huilla ni Caconda, y los indígenas estaban sin relaciones con la colonia. Nuestro único apoyo se cifraba en nuestros compañeros de Okuanyama. Desde Huilla á los amboelas por Humbi y Okuanyama cuéntanse más de ciento cincuenta leguas.

Así no fué poca nuestra sorpresa cuando en la tarde del miércoles, 17 de Junio, vimos dos ginetes, que formaban parte de una expedición portuguesa que, contrariada en sus planes de conquista por el lado del Sambon, tuvo que encaminarse hacia el Sur, y resolvió construir un fuerte en Casinga, á pocas leguas más arriba de nuestra residencia, en el mismo río Otquitanda ó Couloi. Por desdicha, no pudieron darme noticia alguna de nuestros compañeros, pues nada sabían de ellos.

Prolijo sería referir todos los males que cayeron sobre nuestra Misión, males agravados por la guerra, y que concluyeron por inutilizar, siquiera de momento, las obras con tantos sudores llevadas á cabo por los misioneros.

Habiéndose unido á los trastornos de la guerra el azote del hambre, no fué posible alimentar á los muchachos acogidos en nuestra Misión de Casinga, y el Padre Prefecto decidió enviarlos á Huilla. Escogieron-se treinta y cinco personas, y recibí el encargo de guiarlas. Al mismo tiempo debía reclamar del gobernador portugués la protección sin la cual desaparecería la prefectura entera. Las tribus de Casinga se mostraban insolentes, y la esperanza del pillaje les hacía desear nuestra ruína. Mwené Tchamba, que se decía nuestro fiel amigo, no tuvo empacho de procurarse el concurso de Kiwako dándole una de sus hijas por esposa.

Al partir publiqué por todas partes que me quejaría al Gobierno, quien no dejaría de castigar á los culpables: esto no impidió que sólo aguardasen el fin de las lluvias para atacar la Misión de Casinga si no éramos socorridos.

Todo lo que obtuve de las Autoridades superiores de la provincia fué una intimación para que abandonásemos en plazo breve la procuración de Huilla, que lo mismo que la prefectura de Cimbebasia, no se quería reconocer. Todo estaba, pues, perdido humanamente hablando, y entonces fué cuando la Divina Providencia quiso intervenir.

Llegué á Lisboa á primeros del mes consagrado á la Patrona de nuestras estaciones, y antes de terminarlo se decretó la reocupación del reino de Katoko en me-

jores condiciones que antes, y fuimos autorizados para instalar en Caconda una Misión que sirviese de procuración para la prefectura. Ahora bien, Caconda, superior á Huilla por el clima y otras ventajas materiales, corresponde precisamente al centro de la prefectura.

A fin de Agosto partió de Huilla una poderosa expedición al mando del digno y valiente capitán Arturo de Paiva, á cuya bravura é inteligencia debemos la perfecta seguridad de que gozan actualmente todos los europeos en el interior del distrito de Benguela. La expedición llegó á la vista de Cuvango el 2 de Octubre de 1889. La resistencia, que amenazaba ser seria, cedió á la primera escaramuza: Kiwako fugitivo fué capturado el 4 de Noviembre.

Algunos días más tarde desembarqué en Benguela, con un buen refuerzo de personal, y fundamos la casa del Sagrado Corazón de María en Caconda el día de Navidad.

Al terminar este imperfecto resumen de la fundación de la prefectura apostólica de Cimbebasia, expondré sumariamente el estado actual de las cosas, el camino recorrido, los prodigiosos cambios sobrevenidos en las condiciones de existencia, y los medios de acción de los misioneros. Es el mejor tributo de acción de gracias que podemos tributar á Aquel cuya mano sólo hiere para bendecir en seguida.

Cuando en nuestra primera visita á los amboelas apenas conocimos algunos centenares de indígenas de Kakele y Casinga, y cuando más tarde descubrimos las importantes poblaciones de Katoko, creímos ingenuamente haber llegado á los principales centros ganguelas.

Hubiéramos quedado estupefactos si súbitamente se nos hubiese revelado la existencia de esos millones de almas que pueblan la cuenca superior de los ríos Cuvango, Cutato y Cutchi.

Al aventurarme hasta las fuentes del Couloi no sospechaba que en tan próximo porvenir dejaría al Sur las fuentes del Cuvango y del Cutchi, y cuando considerábamos como una empresa audacísima la instalación de Katoko, no esperábamos tener tan pronto una Misión en el extremo Norte de la prefectura, en el país del Bihé.

Recientemente aún la estación de Casingo estaba á punto de sucumbir ante un puñado de amboelas, y ahora háblase de una fundación en el Cuando, como de la cosa más natural y sencilla del mundo.

Ayer Kiwako nos juraba guerra á muerte, y hoy sus hijos menores son nuestros muchachos más adictos, y los mayores prometen llegar á ser los primeros príncipes cristianos de su raza.

Mwené Tchamba (*V. su retrato en la pág. 41*), que dió su hija mayor en matrimonio á Kiwako, confía su hija más pequeña á las Hermanas de la Misión.

Allí donde éramos acogidos con desconfianza, como los precursores de una ocupación militar, tiénense por dichosos de recibirnos y conservarnos como protectores contra la violencia y las demasías de la soldadesca que cerca toda el Africa como un círculo de hierro.

Después de haber visto cerrarse todas las puertas á nuestra aproximación, no sabemos donde dirigirnos

ahora con preferencia á la vista de este inmenso horizonte que se extiende ante nosotros.

Hoy veinte misioneros trabajan con ardor en cuatro estaciones: la del Sagrado Corazón de María, en Caconda; la de Nuestra Señora de las Victorias, en Casinga (Amboelas); la de la Inmaculada Concepción, en Katoko, y la de Nuestra Señora del Rosario, en Bihé.

Un solo punto parece el mismo, y no se ve que tienda á mejorar: los recursos pecuniarios, ya tan insuficientes en otro tiempo, han ido disminuyendo de manera alarmante cuando el nuevo desarrollo y las inmensas necesidades del porvenir exigen su considerable aumento.

Al señalar la necesidad de esta limosna material, queremos insistir más aún en la limosna espiritual de la oración.

Nuestros ganguelas están muy bien dispuestos para la civilización; mas sin la gracia, que toca y convierte los corazones, no haremos de ellos fervorosos cristianos.

GOLFO DE GUINEA

Celo de los misioneros.—Un leproso curado en la Misión

El R. P. Ramón Riverola, C. M. F., escribe desde aquella lejana Misión:

TRANSCURRIDO el periódico de la seca, en el que acostumbramos hacer excursiones á los pueblos distantes de la Misión, vémonos precisados á permanecer en casa, ya por la creciente de los riachuelos y torrentes, ya por la exuberancia de hierba que hace desaparecer las sendas, ya en fin por las casi no interrumpidas lluvias torrenciales que por do quiera forman charcos y lodazales: únicamente son objeto de nuestras visitas, en los intervalos de las lluvias, los pueblos próximos y accesibles, sin perjuicio de acudir donde vemos necesidades urgentes ó en que se reclame nuestra presencia.

Por la predicha razón, y para dar mayor amplitud á nuestro celo en la conversión de estas pobres gentes, hemos dispuesto levantar un local de nueva planta para catequizarlas é instruírlas en las verdades de nuestra Sacrosanta Religión: á este fin hicimos circular la voz de que estaría siempre dispuesto uno de los Padres para satisfacer á cuantos se presentaran, en lo relativo al bien de sus almas; dijoseles además que para dicho objeto se haría señal con la campana, para los pamues por la mañana y para los bengas por la tarde. Hasta ahora no estamos descontentos, tanto de una como de otra tribu; pues, salvo los días de mucha lluvia, han sido constantes en asistir. Reciben las instrucciones en sus propias y respectivas lenguas; y dichas conferencias están á cargo del R. P. Daunis, el cual está impuesto en ambos idiomas, singularmente en el *pamue* que posee con bastante perfección.

Nuestro colegio, aunque no muy numeroso, está en buen estado de progreso intelectual y moral; y al fijarnos en ciertos sucesos, no podemos menos de admirar y bendecir la Providencia del Señor en favor nuestro, y su justicia contra los menospreciadores de la Misión y de las benéficas influencias de la misma.

Pocos días ha, visitando un pueblo, tuvimos ocasión de ver á un niño en el estado más lastimoso y cubierto de lepra: moraba en una casucha fuera de la población, juntamente con dos personas contagiadas por él mismo; la población los había arrojado de sí, para que no cundiera el contagio y tomara mayores proporciones. Viendo nosotros al niño en estado crítico y que de un día para otro podía morir, rogamos á su padre nos lo llevara á la Misión para bautizarle y salvar así aquella pobre alma, á lo que accedió después de una corta resistencia.

Luego de bautizado le instamos para que dejara á su hijo en la Misión, dándole fundadas esperanzas de que con la bendición de Dios y el auxilio de las medicinas lograríamos su curación, si Dios quería: todo lo consintió el padre del muchacho, aunque con cierta prevención. Desde entonces ha mejorado mucho, y confiamos que llegará á un completo restablecimiento. Es de advertir que el citado niño, había sido sacado de la Misión por su padre, so pretexto de enfermedad que no tenía.

Por este estilo podríamos citar algunos otros casos de desgracias ocurridas en niños que, de su propio capricho ó por malicia de sus padres, han abandonado la Misión, portándose ingratamente con los que han ofrecido su vida para dedicarse á la penosa tarea de la conversión de estos infieles.

ECUADOR

Visita á la Misión de Zamora

El R. P. Fr. Esteban Pérez, franciscana, continúa su narración, empezada en la pág. 483 del tomo anterior:

Loja, 26 de Abril de 1895.

PROSEGUIMOS el viaje por entre la espesura del bosque que con las penalidades inherentes á esta clase de excursiones. Durante la travesía nuestro mal humorado Conda se manifestaba algo esquivo. Algunas veces se quedaba solo con el pretexto de descansar, y porque no se desviara y tomase la delantera, procurábamos no perderlo de vista, pues temíamos que adelantándose quitara la canoa que debíamos utilizar. Yo cuidaba de ir con él, le daba conversación para entretenerlo; él no rehusaba conversar conmigo, y aun me manifestaba cierta amabilidad; pero no siempre era factible ir juntos ni conversar, á causa de la escabrosidad del camino.

Con estas zozobras de que Conda nos jugara una mala partida, llegamos á su choza en la que no encontramos á nadie, y dista uno legua escasa de Santa Ana. En la choza descansamos un rato, mientras Angel Ordóñez fué al fondeadero en donde se hallaba la canoa; al poco rato se le unió Conda, y ambos la subieron contra corriente hasta el sitio en que debíamos pasar á la otra banda del río. Los demás íbamos á pie, yendo yo delante. Como á dos kilómetros de la casa de Conda quedé sorprendido por ciertos golpes y risas que se oían dentro del bosque; penetré por la espesura para ver de donde provenían, y hallé á la mujer de Conda con su hija de poca edad, muy afanosa en rajar con una hacha un viejo tronco de palmera medio podrido, del que ex-



SIRIA.—Barad: Ruínas de un convento. (Pág. 41)

traía gruesos gusanos blancos que ellas devoraban con cierta fruición. Tan luego como la mujer me vió cogió uno, el más grande, y con admirable naturalidad me lo ofrecía para que lo comiese, manifestándome al mismo tiempo que era comida sabrosa. Yo agradeciéndolo lo rehusé, y lo dió á su hija, que al instante lo devoró. Me despedí de la buena mujer dejándola en su útil tarea.

Llegados al término de nuestro viaje á pie, pasamos con la canoa uno á uno á la orilla opuesta. Dos tiros de escopeta indicaron á los Padres y moradores de Santa Ana nuestro arribo: pronto vinieron á recibirnos, y juntos nos dirigimos á la casa Misión, á donde arribamos á las tres y media de la tarde. Luego procuramos disipar, con obsequios y regalos, todo el mal humor de Conda, cosa fácil de conseguir por medio de dádivas y obsequios.

Permanecí dos días en Santa Ana, durante los cuales se formuló un reglamento para los misioneros y el plan que debía seguirse en la nueva residencia de Yacuambi. Respecto á este último resolvimos construir inmediatamente una capilla y casa Misión para los Religiosos, una casa colegio que sirva de dormitorio, escuela y comedor para los niños salvajes que concurran á ella, y además una hospedería para los transeúntes.

Respecto á la educación é instrucción de los niños salvajes, consultando su carácter hemos convenido en adoptar el siguiente método: por la mañana asistirán á Misa, durante la cual un Religioso les hará rezar en alta voz las oraciones del Catecismo, terminando con algún cántico; por la noche asistirán al Rosario y á al-

guna otra distribución que se hiciere. Por de pronto se les dará una hora de clase por la mañana y otra por la tarde. El resto del tiempo se les ocupará, según la edad, en algún arte ú oficio, en juegos que en cuanto sea posible, á la par que les entretengan, les instruyan. La Misión se encarga de alimentarlos, vestirlos y proporcionarles todo lo que necesiten. Si algún niño permanece en la Misión hasta la edad núbil, los Padres cuidarán de casarlo, y como dote se le construirá en la nueva residencia casa, se le proporcionará y arreglará el terreno, y se le ayudará á sembrarlo de los productos del país, se le procurarán algunos animales domésticos, herramientas, etc., etc., á cuenta de la Misión. Todo esto impondrá á los Padres gastos y sacrificios que, no obstante la escasez de recursos, la Misión no vacilará en hacer, con tal de conseguir que estos infelices hijos de las selvas se acostumbren á vivir en población, y dejen su vida nómada para abrazar los beneficios de la civilización cristiana. ¡Ojalá que tan bellos propósitos y halagüeñas perspectivas pasen á ser una realidad consoladora!

Cuando haya que administrar á los neófitos el Bautismo, Confirmación, primera Comunión, ó el Matrimonio, se procurará dar á la ceremonia todo el esplendor y atractivo que permitan las circunstancias. La imaginación de los jíbaros es naturalmente viva é impresionable, y es preciso utilizar esta buena cualidad para hacerles comprender de algún modo la importancia y trascendencia del acto ó ceremonia que con ellos se hace.

Con la educación é instrucción de los niños sólo con-

seguiríamos dar un impulso parcial á la obra de su civilización, y el misionero no debe olvidar la importancia que tiene para este objeto la instrucción y educación de la mujer. Las jíbaras son naturalmente sumisas y de un carácter dócil y afable, que el despotismo de los jíbaros reduce á una verdadera esclavitud, circunstancia que, atendidas las preocupaciones que dominan en las tribus, hará difícil la educación é instrucción del sexo débil. Sin embargo, no por eso el misionero desistirá de su empresa; para el efecto, tan luego como el edificio en construcción en Santa Ana esté terminado, pasarán allí dos Hermanas Terciarias, quienes se harán cargo de educar e instruir á las niñas de los colonos, y se harán todos los esfuerzos que la prudencia y el celo inspiren para que los jíbaros entreguen sus hijas á la solicitud maternal de las dichas Hermanas, corriendo á cargo de la Misión todos los gastos de vestido, comida, etc. Si conseguimos que algunas niñas salvajes sean entregadas al cuidado de las Hermanas, no dudamos que el éxito de la Misión compensará las privaciones, fatigas y desvelos de los misioneros. Mientras las Hermanas tengan su colegio en Santa Ana, se temen los mismos inconvenientes que la experiencia ha enseñado respecto de los niños, como queda referido. La prudencia no permite por ahora llevar las Hermanas á la nueva residencia de San Antonio de Yacuambi, hasta que se establezcan allí con los Padres algunos colonos que impongan respeto á los jíbaros y sirvan de garantía y apoyo en el caso, no improbable, de algún asalto á la Misión por los jíbaros de las tribus vecinas.

Como se desprende de lo dicho, todo nuestro plan se reduce á formar el corazón de los niños, como quiera que de los adultos, habituados en su vida nómada y en costumbres recalcitrantes, poco ó nada podremos conseguir en orden á su verdadera conversión á la fe. Mucho les deberemos si no oponen resistencia á los desvelos de los misioneros. Los niños hasta el presente se han manifestado adictos y benévulos con los Padres, condición feliz, que si fuera fomentada por sus progenitores, creo que dentro de pocos años se conseguiría el fin que con tantos trabajos, sudores y fatigas el misionero persigue. Pero desgraciadamente el mayor obstáculo con que se tropezará serán las preocupaciones, costumbres bárbaras é instintos feroces que los adultos imprimen en el tierno y blando corazón de sus hijos.

Si no podemos conseguir la realización completa del ideal que impulsa al misionero á la obra de la regeneración social de los infelices jíbaros, no desconfiamos mediante el auxilio divino, de conseguirlo en parte.

Llenado ya el objeto de mi excursión á Zamora, y no siéndome posible demorar por más tiempo en un lugar que para mí tiene tantos atractivos, me vi en el doloroso é imprescindible deber de regresar á esta ciudad, y de aquí seguir para mi habitual residencia de Lima, á fin de atender á otros asuntos.

Actualmente se hallan en Zamora para evangelizar á los jíbaros, á más del P. prefecto Fr. Luis Torrá, los PP. Fr. Antonio González, Fr. Luis Vega y Fr. Pedro Echevarría, con cuatro Hermanos Donados. Tan luego como las exigencias de la Misión lo requieran, se mandarán nuevos operarios.

Dios quiera que la revolución, que al parecer amenaza al Ecuador, no venga á trastornar los buenos deseos de los actuales mandatarios, é inutilice tantos gastos, sacrificios y trabajos como se han hecho en las cuatro Misiones para la civilización de las regiones del Oriente de la República.

ARAUCANÍA

EXTRACTO DE UNA RELACIÓN QUE DE SU VISITA Á LAS MISIONES DE SU DEPENDENCIA EN LA ARAUCANÍA HACE EL P. FR. BENEDICTO DÍAZ, COMISARIO GENERAL DE MISIONEROS FRANCISCANOS EN CHILE, AL REVERENDÍSIMO PADRE MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN.

NUESTRA llegada á Angol fué celebrada como un verdadero triunfo, y nos aclamaban como héroes de la difícil y peligrosa jornada.

Hicimos los Oficios de Semana Santa con la mayor pompa posible. Nuestros trabajos fueron coronados con un éxito brillantísimo, porque concurren muchísimos fieles, que se confesaban y comulgaban con edificación.

El día de Pascua concluida la Misa, que los mupuches oyeron con recogimiento y edificación, principió á entrar la indiada en la Misión, cuyo extenso patio apenas fué suficiente para contenerla. Diez Reducciones habían acudido, cada una con su cacique á la cabeza. La multitud, guiada por el Padre Prefecto, se colocó frente á la celda que yo ocupaba. Todos se apresuraron á prestar sus respetos al *Padre mayor*, pero de un modo religioso, edificante y consolador: todos venían no á estrechar la mano,



SIRIA.—Barad: Sepulcro. (Pág. 41)

como generalmente acostumbran, sino á besar la manga, especialmente las mujeres. Actos de esta naturaleza solamente personas muy devotas los practican; de lo que no me fué difícil inferir que todos eran cristianos bien instruidos y hasta fervorosos.

Concluida esta ceremonia, los caciques pidieron á sus mocetones un *Viva al Padre Mayor*: aquello fué atronador, porque fué lo que ellos llaman *chivateo*, que se efectúa respirando fuerte y golpeándose la boca suavemente con la extremidad de los dedos. Por tres veces repitieron el *viva*, y después me puse a conversar con los caciques por medio de lenguaraz, porque el idioma oficial para ellos es el mapuche, por más que sepan muy bien el castellano. Me informaron que todos eran bautizados, excepto algunos niños y uno que otro mocetón, que se estaban bautizando en la iglesia, ya catequizados por los misioneros. Después hablé á la multitud ponderándoles las ventajas de la civilización cristiana, ventura y felicidad del católico cuando sabe cumplir las obligaciones que ha contraído en el sagrado bautismo. Como la mayor parte venían de lejos, no era prudente ni conforme á la caridad despacharlos sin comer. Al efecto se hizo una prudente distribución: los hombres pasaron á un comedor que se había improvisado *ad hoc* en la Misión, y las Hermanas Terciarias que habían venido á la Misión para atender á las mujeres, las llevaron á su Casa juntamente con los niños, en donde las sirvieron espléndidamente con el cariño y amabilidad propia de almas religiosas.

¿Cuántos mapuches asistieron á la reunión? Algo más de quinientos, y el número habría sido mucho mayor si el tren hubiera podido traer á todos los que acudieron á las estaciones del ferrocarril. ¿Cuántos se bautizaron? 15 adultos y 36 niños, y se confirmaron 96.

La Misión de Angol es la mejor entre las seis que tiene el Colegio de Castro en la Araucanía, así como la de Collipulli es la mejor entre las siete (añadiendo la nueva fundación de Cura-Cautín) que tiene el Colegio de Chillán. En las dos tienen su residencia los dos Prefectos respectivamente. El mejoramiento de la Misión de Angol es debido á circunstancias peculiares y propicias. La fecha de su fundación se confunde con la de la ciudad que le da su nombre, y que es también superior á todas las de la Araucanía por la solidez de sus edificios, el arreglo de sus calles y veredas, etc. etc. Esta superioridad es debida, indudablemente, á su antigüedad, á su posesión central, pues está fundada en el corazón de aquel extenso territorio, y por lo mismo se escogió como punto más estratégico para reprimir la fogosidad bélica de los araucanos: con este motivo se ha mantenido allí tropa más numerosa, que también ha contribuido al progreso material del pueblo.

El año 1862 llegaba á esos campos enteramente desiertos desde la última vez que los indios destruyeron la antigua Angol, numerosa tropa, enviada por el Gobierno, acompañada de un pobre fraile franciscano, R. P. Fr. Apolinario Moretti, alumno del Colegio de Castro, con doble carácter, de misionero entre infieles y capellán de la tropa. Los militares construyeron su fortín y cuartel, y el misionero el edificio de su Misión, que por algunos años consistió en un rancho pajizo. Poco á poco, á medida que iba proporcionándose recur-

sos, el referido P. Moretti, que sirvió aquella Misión muchos años, fué mejorando de condición. Construyó un templo (que todavía existe en toda su solidez) bastante sólido y capaz; mide 30 metros de largo por 14 y medio de ancho. Poco á poco también los sucesores del P. Moretti han ido embelleciendo aquel templo: unos han entablado la bóveda y vestido las columnas, otros la han pavimentado en madera, pintando sus paredes al óleo, y construido buenos altares laterales, y últimamente el actual Prefecto ha construido un lindo altar mayor dotándolo de las imágenes de la Inmaculada Concepción al centro, y de los Sagrados Corazones á los costados. Este altar se bendijo el 14 de Julio del presente año, día de San Buenaventura, titular de la iglesia.

El mencionado P. Moretti cuidó del culto sin desatender su propia conservación. Construyó también un edificio de unos treinta metros de largo por cinco de ancho, de material ligero, sí, pero que le sirvió admirablemente para resguardarlo de la intemperie. Después los prefectos, RR. PP. Leoneti y Uribe (Q. E. P. D.), del Colegio de Chillán, que eligieron aquel punto para su residencia, construyeron otros edificios hasta cerrar un espacioso patio. Construyeron además un gran salón para dormitorio de los colegiales indígenas, con sus respectivos departamentos, y tres grandes salones más, para aula y talleres de carpintería y zapatería. Estos edificios forman un segundo patio.

Como el primer edificio misional fué construido de material ligero, la acción del tiempo no tardó muchos años en deteriorarlo, por lo que, hace seis años, el reverendo P. prefecto de entonces, Fr. Antonio de J. Márquez, juzgó necesario reemplazarlo por otro de material más sólido, de mayores dimensiones y de dos pisos con espaciosos corredores. El actual Prefecto lo ha alargado un poco más consultando su mayor solidez.

El internado de niños indígenas sostenido por esta Misión ha funcionado, desde su fundación, con toda regularidad y con muy buenos y satisfactorios resultados. En la actualidad mantiene unos 32 indiecitos internos y 64 externos, hijos del pueblo, y ha habido años que el número de mapuchitos internos ha llegado á 40.

La experiencia enseña y la historia testifica que bien poco puede hacer el misionero en favor del araucano adulto. Verdad es que, cediendo á las repetidas instancias y ruegos del misionero, se dejan catequizar y bautizar (con raras excepciones), pero después cuesta más trabajo hacerles cumplir sus deberes de católico que el empleado para persuadirlos á que lo fueran. Pocos son los que van á la Misión con el objeto de cumplir sus deberes de católico: el misionero tiene que ir con frecuencia á morar entre ellos por algunos días con doble objeto, catequizar á los que aun no se han bautizado, y obligar á los que ya lo son á que cumplan sus deberes de tales. Repetir estas visitas á cada una de las numerosas Reducciones, por lo menos cada año, es un trabajo que sólo pueden realizar los que están penetrados del verdadero espíritu de sacrificio y abnegación para extender el reino de Cristo. Si el misionero se contentara con bautizar al indígena y lo abandonara en seguida á su propia suerte, su labor sería más sencilla, pero infructuosa; mas no, el misionero, que va adquiriendo la viña á costa de mil sacrificios y palmo á pal-

mo, no la abandona, sino que la vigila y cultiva con esmero, regándola, abonándola y aseándola periódicamente.

Pero todos estos desvelos y sacrificios casi se esterilizan por la indolencia del araucano adulto: son plantas antiguas y silvestres que no es tan fácil enderezar y comunicarles fecundidad. «Me veo obligado, escribía un misionero, á ser simple y pasivo espectador de la indolencia del araucano. ¡Cuán difícil es conseguir que abandonando sus antiguas é inveteradas costumbres, abracen las que prescribe el Sagrado Evangelio! Todos lo prometen, pero no todos lo cumplen.»

Según esto ¿qué partido adoptará un operario evangélico que, consagrandolo todos sus desvelos y trabajos, su existencia misma al cultivo de una viña, observa que si bien ésta no produce abrojos y espinas, tampoco da un resultado consolador? Sin desmayar seguirá cultivándola, y para regenerarla colocará plantitas nuevas que, bien cultivadas, produzcan á su tiempo opimos frutos. Quiero decir que la acción del misionero debe hacerse sentir de un modo más vigoroso y eficaz en la educación de la juventud araucana de uno y otro sexo. Esto se comprendió desde el principio, pero solamente en parte pudo reducirse á la práctica. En toda las Misiones, desde su fundación, se abrieron internados de niños indígenas, que han funcionado con más ó menos regularidad, siempre en conformidad con la situación económica de cada Misión y la índole de los indios que les tocaba en suerte; porque son pocos los indios, especialmente de doce ó quince años acá, que cedan con gusto un niño para que sea instruido: siempre el misionero tiene que hacer esfuerzos supremos para conseguirlo. No obstante, cada año no se han educado menos de un centenar de niños indígenas en nuestras Misiones; número que ha ido en progreso á medida que hemos podido fundar nuevas Misiones, y hoy, con el auxilio de cuarenta pesos con que el Supremo Gobierno ayuda á nuestros Colegios, éstos tomaron un vuelo más rápido, y tanto el niño indígena como el del pueblo aprovecharán su benéfica influencia.

Un vacío profundo, que no nos era dado llenar, nos impedía el paso verdaderamente gigantesco para llegar con más rapidez al perfeccionamiento de la civilización araucana; una necesidad imperiosa se hacía sentir, pero carecíamos de medios para remediarla. ¿Qué vacío tan profundo era ése que no se pudiera salvar? ¿Qué necesidad era ésa que, con ser tan imperiosa, no se pudiera remediar? Estas preguntas ocurren á quienes creen que es suficiente que dos sacerdotes celosos vayan á la Araucanía para que todos los araucanos en pocos años sean fervorosos hijos de la Iglesia y eminentes patriotas, sin pensar que un edificio tan colosal levantado sobre arena, sin fundamento sólido, irá desmoronándose al mismo tiempo que se va construyendo. ¿Quién ignora que el fundamento de la civilización de una raza del todo ignorante, que no conoce principios sociales ni religiosos, es la educación sólidamente religiosa de la mujer? Pues, he ahí el gran vacío é imperiosa necesidad á que hacía alusión: la falta de educación de la mujer araucana y necesidad de educarla. No se me diga que ya reciben la necesaria instrucción cuando son catequizadas para recibir el santo bautismo,

porque contestaré que efectivamente reciben la necesaria instrucción; pero no la suficiente para que puedan ser buenas educacionistas de sus hijos. Para cumplir con este delicado deber es indispensable que su instrucción sea más vasta y sólida, pero nunca podrá serlo si no se la proporciona desde la juventud por personas idóneas. Este oficio, como se comprende, nosotros no podíamos desempeñarlo. ¿Cómo llenar este gran vacío y satisfacer esta imperiosa necesidad, cuyo remedio era de vital importancia? Una inspiración divina pasó por el corazón del infatigable misionero, entonces prefecto, R. P. Fr. Antonio de Jesús Márquez, y en él moró hasta realizar lo que desde el cielo se le ordenaba. Esta orden consistía en que llevara á la Araucanía Religiosas Terciarias de nuestra misma Orden, que se dedicaran á educar la niña araucana. Cuando el P. Márquez manifestó su proyecto no faltaron quienes recibieran la noticia con la risa en los labios, creyéndolo impracticable por la suma escasez de recursos. El celoso Prefecto no desmayó, y tuvo el consuelo de probar con los hechos que las obras de Dios no conocen obstáculos.

Vino á Santiago, habló con el R. P. Fr. Juan B. Díaz, del Colegio de Nuestra Señora de la Cabeza, que hacía años había fundado una casa de Hermanas Terciarias para educar niñas pobres. Le rogó que cediera algunas de esas buenas Hermanas para llevarlas á Angol y se dedicaran á la educación de niñas indígenas. El R. P. Díaz, conociendo el gran bien que allá podrían hacer sus hijas, le cedió cinco. Loco de contento el P. Márquez voló á Angol, reunió recursos, compró y arregló lo mejor que pudo una casa-cortijo en los suburbios de Angol.

Arreglado el local provisionalmente, envió á Santiago al procurador de Misiones R. P. Fr. Berardo Calisto, con la comisión de traer á Angol las Misioneras Franciscanas.

Las Hermanas vinieron contentísimas y con ánimo resuelto á trabajar la nueva viña que el Señor les preparaba, y dispuestas á sacrificar su vida, si fuera necesario, en aras de la caridad. Instaladas en su improvisada habitación, día á día recibían visitas de las más mapuches, visitas que las Hermanas correspondían con esquisita amabilidad; esto contribuyó á que, sin gran esfuerzo, pudieran conseguir un buen número (proporcionado á la casa y recursos del momento) de niñas indígenas.

Luego se construyó un edificio de material ligero, pero abrigado, para dormitorio, aula y comedor de las niñas.

Hoy no queda en este edificio sino el comedor de las niñas indígenas: lo demás se ha convertido en lavandería y otras oficinas. A la vuelta de un año, más ó menos, se construyó un edificio sólido de dos pisos dividido en tres salones abajo y otros tantos arriba. Con este edificio ya hubo más desahogo, y las Hermanas pudieron recibir niñas internas y medio pupilas. El externado de niñas pobres funcionó desde que llegaron las Hermanas á Angol.

El P. Márquez, antes de concluir su prefectura, quiso dar más ensanche á su obra providencial y dejar más comodamente instaladas á las que había traído de la capital, guiado únicamente de su celo seráfico, sin

consultar las privaciones á que venían á someterse. Proyectó la construcción de un nuevo edificio que formara martillo con el anterior, más extenso y cómodo. Lo proyectó y lo hizo. En este edificio se instaló el dormitorio de las niñas indígenas y un gran salón para actos literarios en el piso bajo, y en los altos para el internado de niñas pudientes, aula para las mismas y dormitorio para las Hermanas.

Todo esto sufrió una admirable modificación el 4 de Octubre último. ¿Cómo? El actual prefecto, R. P. fray Felipe S. Bórquez, guiado de su espíritu emprendedor, acometió la obra magna de cerrar el claustro, pero no de cualquier modo, sino con un soberbio edificio construido de cal y ladrillo. Con los primeros recursos que se le proporcionaron, construyó los edificios exteriores, y, en la imposibilidad de construirlo todo por parejo, se contrajo á la conclusión de un solo brazo. ¡Admirables obras de la Divina Providencia y admirable constancia de los que se digna elegir para instrumentos! El 4 de Octubre, fiesta de nuestro Seráfico Padre, el reverendo Padre Prefecto gozó del dulce consuelo de ver concluido é inaugurado ese edificio. ¡Prodigio admirable! Aun no cumplen siete años que esas pobres Hermanas llegaban de Santiago para instalarse en una casa ruinosa y desmantelada, y, sin más recursos que los que acostumbra proporcionar Nuestro Señor para la realización de las obras que El inspira, se han construido tan cómodos y vastos edificios como son los que acabo de describir, en cuya construcción no se habrá invertido menos de treinta mil pesos, sacados de las arcas inagota-

bles de la Divina Providencia, simbolizada en los corazones caritativos.

Como se ve, la acción benéfica de estos abnegados hijos del Serafin de Asís, año por año ha ido robusteciéndose, el campo de sus operaciones es más vasto y desahogado; por lo que, si digo, en obsequio de la verdad, que hoy educan 57 niñas indígenas, proporcionándoles ajuar de dormitorio, vestuario y comida, sólo parecerá exagerado á los que conocen las mil dificultades con que se tropieza para conseguir una niña con el fin de educarla y la suma escasez de recursos para subvenir las necesidades de las que se consiguen, así como sólo parecerá exiguo á los que, tomando en consideración únicamente el local, ignoran cuanto trabajo cuesta vencer la tenacidad del indio para que haga el *favor* de permitir que sus hijitos sean educados, y el gran sacrificio que hacen esas caritativas Hermanas para vestir con decencia esos 57 cuerpecitos y saciar con el necesario alimento igual número de boquitas, sin más recursos fijos que mil pesos que les asigna el Supremo Gobierno, y quinientos que una respetable matrona de Valparaíso (no estampo su nombre por no estar autorizado) acostumbra mandarles á principio de año.

De las dos dificultades apuntadas, que privan á las Hermanas del dulce consuelo de tener en su casa un buen centenar de indiecitas, la más difícil de vencer no es la escasez de recursos, porque lo que la Casa no tiene lo proporciona la Providencia. La Superiora me escribía días pasados diciéndome: «Verdad es que no



SIRIA.—Barad: Capilla del siglo IV. (Pág. 41)

disponemos de muchos recursos, pero la Providencia proporciona lo necesario.”

Como los indios van comprendiendo el gran beneficio de la educación de sus hijitas, debemos creer que en lo sucesivo el número de educandas indígenas irá en consolador progreso. Así debemos esperarlo, porque, habiendo Dios inspirado esa obra magna, es indudable que la ha bendecido, y siendo inspirada y bendecida por Dios la acción del hombre será impotente para en-

La benéfica influencia de las Hermanas no se limita á la educación de la niña indígena (esta es su principal misión, pero no es la única), si que también se extiende á dar religiosa educación á la niña del pueblo. Actualmente educan en su colegio, además de las 57 indiecitas, 19 señoritas internas ó sea pupilas, y 24 medio-pupilas y 46 niñas externas.

¿Por qué no tienen talleres, ya que en Angol hay salones con ese objeto? se me preguntará. Contesto:



ALTA CIMBABASIA.—Aldeu de Mwené Tchamba. (Pág. 30)

torpecerla. Efectivamente, cualquiera que observe la marcha de aquel establecimiento tiene que convenirse que el dedo de Dios está allí, comunicando celo, caridad y fortaleza á las Hermanas, hasta hacerlas infatigables en el desempeño de su misión, y á sus tiernas y queridas pupilas docilidad, aplicación é inteligencia. No se explica de otro modo esa notable transformación que se opera en tan corto tiempo en la niña araucana, pues llegando al colegio desaseadas hasta la suciedad, é ignorantes hasta la estupidez, á la vuelta de ocho ó diez meses ya no parecen araucanas por su amor á la limpieza, al estudio, y sobre todo por su clara inteligencia, que se desarrolla con admirable rapidez. Lo mismo sucede con los niños que se educan en los colegios de nuestras Misiones.

De aquí es fácil predecir que, dedicándose nuestros misioneros con tesón y esmero á la educación del niño, y nuestras Hermanas á la de las niñas araucanas, en tiempo no muy lejano tendremos una nueva generación araucana civilizada y culta, adicta á la Religión en cuyo seno se han instruido, y utilísima para la patria.

La idea de talleres, indudablemente, es muy buena, pero para nosotros impracticable. ¿Por qué? Porque para implantar y sostener talleres en buen pie se necesita ser diestro en el arte y disponer de cuantiosos recursos, y tanto lo uno como lo otro es ajeno de nuestra profesión. Los Franciscanos somos sencillamente misioneros, cuando se nos da el encargo de tales, y por añadidura, misioneros limosneros: nos mantenemos de limosnas. Es, se me dirá, que los talleres se mantienen por sí mismos, y aun pueden dejar una buena utilidad. Convengo que contando con elementos suficientes puede llegarse á obtener ese resultado, pero faltando los elementos es imposible obtenerlo, sobre todo con niños araucanos, cuyo distintivo peculiar es la indolencia. Pruébenlos, se me replicará, y yo contesto: Probados están. El que construyó esos salones, haciendo un esfuerzo supremo compró los útiles necesarios é instaló los talleres pagando profesores, pero al poco tiempo fracasó la empresa por la inconstancia é indolencia del araucano y las otras causas ya expuestas. El que esto escribe, cuando rigió la prefectura, intentó instalar de

nuevo el taller de zapatería, y apenas funcionó tres ó cuatro meses cuando tuvo que suprimirlo por las mismas causas. Esto demuestra la injusticia con que se nos critica porque no instalamos talleres en nuestras Misiones.

Las Hermanas de Angol, sin embargo, tienen uno de zapatería, en que trabajan con sus pupilitas araucanas para calzar á las mismas, pero nunca llegará á tener grandes proporciones, por las razones ya expuestas.

Aun se me hará otra pregunta: ¿Por qué en vez de tener sus Misiones en medio de la indiada, las tienen en los pueblos? Yo preguntaría á mi vez: ¿Dónde está eso que se llama *en medio de la indiada*? Yo he recorrido todo el territorio de nuestras Misiones, y habiéndome colocado en el patio (si es que lo tiene) de la rucá de un indio, rara vez he alcanzado á ver otra. Indiada reunida no hay en ninguna parte. Por esto, y porque muchos pueblos se formaron bajo la influencia de la Misión, están los misioneros situados en los pueblos. Así el misionero está siempre ocupado en el desempeño de su ministerio: un tiempo en favor del pueblo y otro tiempo en favor de los indios, á quienes van á buscar en sus propias rucas á costa de penosos sacrificios. Lo que estamos poniendo en práctica para hacer menos penosa esa tarea es construir pequeñas capillas en las Reducciones más numerosas, para reunir en ellas á los indios más cercanos y poderlos instruir.

El araucano es muy susceptible de instrucción, porque generalmente está dotado de inteligencia clara y buen criterio. Demuestra esta verdad la suma facilidad que tiene para hablar y discurrir, de tal modo que pueden sostener una conversación ó diálogo horas enteras sin que les falte la palabra. Se notan algunas repeticiones cuando conversan, pero eso nada tiene de extraño en personas de tan poca instrucción. Por esto no aceptaré jamás que al araucano se le llame salvaje. No tienen un pelo de salvajismo.

Concluyo asegurando que tenemos mucho bueno que esperar de la sólida y religiosa instrucción que con inquebrantable tesón se está prodigando á la juventud araucana.

TIERRA DEL FUEGO

Misión de la isla Dawsón

El P. Guillermo del Turco, misionero salesiano, escribe al reverendísimo Sr. D. Rúa:

MUY agradecido estoy á mi superior Mons. José Fagnano por haberme concedido este año el favor de ir á pasar en su compañía casi dos semanas, las dos últimas de Febrero, en la isla de Dawsón, rodeado de todas las atenciones posibles por parte de nuestros Hermanos que allí trabajan para la educación cristiana y civilización de los pobres indios. Es verdad que no pasé en ocio aquellos días, pues debí tomar parte en los ejercicios espirituales que según la Regla se dictan cada año á los Hermanos y Hermanas de la Congregación, y tanto menos que habían ido á reunirse de propósito todos los Hermanos de la Casa central de Puntarenas, y en el segundo curso las Hermanas. Sin

embargo, tuve igualmente comodidad de considerar de cerca el bien de la Misión.

Hacia más de un año que yo había dejado la isla, campo un tiempo también para mí de ejercitar la paciencia en la escuela, y deseaba mucho poderme encontrar otra vez en medio de mis queridos indiecitos.

Pero ¡qué cambio! Nunca habría creído encontrar tal adelanto así en la parte material como en la moral.

Nuestra ida á la isla con un vaporcito llamado *Diaz*, con el mar tranquilo, fué un paseo. En menos de siete horas llegamos. Preparándose á dar la vuelta á la última punta que da entrada á la bahía de la Misión, como á un cuarto de hora de distancia, el capitán del vaporcito anunció nuestra llegada con repetidos silbidos. Pasaron unos minutos y ya estábamos al frente.

—¡Oh! ¡qué es eso! grité yo, ¡allí hay un pueblo!

Nos pareció una ciudad en germen, con su muelle, matadero, panadería, quesería y casas nuevas bien hechas, para los indios, además de conservarse unas cinco ó seis de las viejas, término de mis antiguas romerías por la tarde, para rezar allí en medio de cada familia de indios el *Credo*, el *Padre nuestro* y la *Salve*.

Estas son las impresiones primeras que debían después aumentarse, cuando tuvimos la comodidad de visitar todo de cerca. No olvidaré la agradable impresión que me hizo la capilla ensanchada, bajo nuevo plan y la dirección en los trabajos del R. P. Juan Bernabé, tanto que ahora pueden caber cómodamente trescientas personas. Su forma de cruz latina, con sus esbeltas arcadas, encantan. Pero no quiero invertir el orden en la exposición de las cosas. Volvamos á bordo.

Al poco rato el vaporcito llegó al punto de echar el ancla. Aquí crece mi maravilla. Veo casi doblado el número de los niños, que al salir de la escuela saltan, corren, gritan y se desparraman por todas partes. De la casa de las Hermanas salen también de la instrucción y del trabajo más de cuarenta mujeres y una docena de niñas, que aseadas y en buen orden se dirigen hacia el muelle, acompañadas por sus maestras las Hermanas de María Auxiliadora.

Los hombres habían precedido á todos, y parte de ellos estaban sobre el muelle, y algunos, los marineros, preparaban una chalupa de la casa para venir á tomar al *Padre Grande*, según ellos llaman al superior de las Misiones Mons. Fagnano. En los ojos de todos se veían retratados el contento y la alegría.

Una vez desembarcado, creía que todo estaba concluido; pero debía presenciar algo más, una cosa nueva. Detrás de la muchedumbre de mujeres, hombres y niñas que se apresuraban á besar la mano á S. I., los niños del colegio se preparaban á dar un ensayo de su habilidad en el arte de la música instrumental. ¡Es posible!... ¡Esos niños gran parte de los cuales había yo desbastado con duro trabajo y ayudado á levantar su corazón hacia Dios, mediante la clase y el Catecismo, ahora *quieren mortificarme*, quieren hacer ver que tienen más vida, que sus almas también son capaces de cosas grandes!... ¡Una banda compuesta de niños indios! ¡Oh! esto sí que para mí fué verdadera sorpresa. Dejo de describir otras manifestaciones, y acompañados de la música vamos á la antesala ó atrio de la capilla. Allí se improvisó como una especie de academia.

El niño Silvestre, en nombre de todos sus compañeros de clase, leyó una corta pero bonita composición á S. I., con la cual quería demostrar como todos los corazones de los niños é indios en aquel día latían de amor y gratitud para con él á quien deben su vida social, su educación y el ennoblecimiento de sus almas.

Después de esto, un número como de veinte niños, dirigidos por su hábil y pacientísimo maestro Sr. Luís Lanfranconi, italiano de nación, y que parece hayo nacido para instruir en la música á niños y á niñas indios, comenzaron á tocar varias piezas.

Yo no soy músico, y no espere de mí un buen juicio, pero debo confesarle que mi corazón se conmovió hasta derramar lágrimas. ¿Y quién me acusaría de debilidad en esto á mí, que en el curso de cuatro años vi llegar de los bosques, en varias épocas, gran parte de aquellos niños, toscos y verdaderos salvajes?... No me atrevo á penetrar en el corazón del superior Mons. Fagnano. Grande sin duda debió ser su consuelo al coger tal fruto de su trabajo, nunca abandonado por duras que hayan sido las dificultades, que encuentra por todas partes para llegar á hacer hijos de la Iglesia y de la civilización á esos infelices hijos de Adán.

Pero basta de lo que á la parte externa respecta. Ahora debo hablar del adelanto de esos pobres indios en los trabajos, en el trato, en la Religión, en el conocimiento de sí mismos. Tuve la dicha de poderles dirigir en la capilla la palabra de Dios más de una vez. ¡Cuánta atención, qué buenas disposiciones, cómo corresponden, y cuánta capacidad en ellos para comprender y distinguir el bien del mal! ¿Y qué diría de la frecuencia de los Santos Sacramentos? Pero lo que más me impresionó fué saber que hay un buen número de mujeres y algunos indios que se confiesan y comulgan á menudo. Aquí está todo el bien, la substancia, el centro de la verdadera Religión y educación civil. Si el confesarse es una filosofía, como dice un grande escritor, ¡los indios son filósofos!... ¡Oh, Rmo. Sr. D. Rúa, cuánto va obrando la gracia de Dios en aquellas pobres almas! Aun añado más. El regocijo se aumentó y llegó al entusiasmo, cuando el superior Mons. Fagnano tuvo en uno de esos días ocasión de administrar el santo Bautismo á otro buen número de mujeres que, recién llegadas de la grande isla de la Tierra del Fuego, ya las Hermanas de María Auxiliadora las habían instruído y dispuesto como lo saben hacer ellas. No más academia reservada en ese día. Música religiosa tocada por los niños en la capilla. Y después de medio día concurrendo de sus casas todos los indios, música varia en la plaza situada delante de la capilla y casas de los Padres y Hermanas. ¡Este sí que ha sido un verdadero é inocente espectáculo! ¡Jamás se había gozado tanto en la isla! ¡Y cómo agradecían los indios alguna buena palabra ó pregunta que entre tanto iba S. I. dirigiéndoles en particular, y después los dulces y confites que les dispensaba! Fué aquel un día del Señor.

Y aquí no puedo menos de admirar la paciencia y constancia del R. P. Bartolomé Pistone, director de la Misión, en medio de las rudas pruebas que á menudo se ofrecen á causa de las inclinaciones y carácter duro y difícil de corregirse de los indios. Si la salud me lo hubiera permitido, no habría cedido mi puesto al reve-

rendo P. Grosso, que allí trabaja actualmente en favor de los niños. O á lo menos me habría quedado ahora como tercer Padre, sintiéndose grande necesidad de aumentar el personal en la isla para poder asegurar el bien obrado. ¡Aumente Dios el número de las vocaciones de misioneros, también entre Hermanos legos!

Concluyo finalmente diciendo que la conversión y civilización de los indios es ya un hecho, es cosa segura. Los Superiores, y en particular el Superior de estas Misiones, Mons. Fagnano, pueden gozarse en Dios de haber alcanzado los santos y grandes fines de sus deseos, fatigas, angustias y sudores. Pueden tomar aliento é ir adelante para llamar también y reducir á los indios onas de la Tierra Grande del Fuego. Los doscientos de la isla Dawsón son una prueba, son como una prenda de un feliz resultado. Paréceme poder afirmar que Dios lo quiere, y que Don Bosco ayuda á estas Misiones, como en los últimos momentos de su vida ardentemente las recomendó. Nada más resta que rogar á Dios toque el corazón de las almas generosas, que han tenido la dicha de nacer en medio de la civilización, y que viven rodeadas de todos los bienes espirituales y materiales en el seno de la Iglesia católica, para que vengan con su óbolo en ayuda de estas Misiones en particular. Nuestro Señor Jesucristo que ha prometido tendría cuenta hasta un vaso de agua fría ofrecida por su amor á un sediento, les devolverá sin duda el céntuplo aquí sobre la tierra, y una recompensa eterna en el cielo.

Esos infelices indios que extienden sus manos pidiendo socorro, tienen, al fin, todo el derecho de ser favorecidos, porque son hijos de Adán y hermanos nuestros en Jesucristo.

NUEVA GUINEA

Consoladores resultados obtenidos por los misioneros en el archipiélago de la Papuasía

El P. Juan Gabriel Coltee, misionero del Sagrado Corazón de Issoudun, escribe acerca la Misión fundada por el Ilmo. Navarre:

EL P. Genocchi embarcóse el 3 de Abril en Marsella con siete misioneros y cuatro Hijas del Sagrado Corazón y desembarcó en Puerto León de Nueva Guinea el 24 de Junio.

El 10 de Julio hizo la primera visita á Pinupaka, en el extremo de la bahía de la Tierra Grande. A derecha, á lo lejos, se levanta la cordillera de Owen Stanley. En el centro el monte Yule (1) esconde su frente en las nubes.

San Juan de Pinupaka es una aldea de ciento y pico de habitantes, en la que por segunda vez acaba de construirse iglesia y escuela. Ahora la casa amenaza ruína, y será la tercera que habremos construído aquí. Tan sólo la madera de Australia puede resistir el clima y los insectos; pero como cuesta muy cara, hemos de construir con la de los paletuvios, que no dura más que tres años. Así los Hermanos coadjutores están casi siempre trabajando en las obras.

(1) Yule, palabra inglesa que significa Navidad, era el nombre del segundo de un buque de guerra inglés que exploró las costas de Nueva Guinea.

El catequista enseña á los niños el Catecismo y la lectura, lo que le cuesta no pocos sudores, pues más que estar en la escuela les gusta correr por los bosques.

Durante el día las mujeres se dedican á hacer vasijas, que cambian en las aldeas del interior por las frutas y legumbres que constituyen su alimento.

Aquí el P. Genocchi hizo una exhortación á los indígenas, y el día siguiente, después de la Misa, partimos hacia Mohu por el camino trabajado hace tres años por los misioneros.

En Mohu hay unos trescientos habitantes. Los niños saben muy bien la letra del Catecismo, y algunos, especialmente Paulo, contestan de un modo satisfactorio á las preguntas que se les hacen. Cantan también, aunque no es tarea fácil hacerles cantar, pues nuestros

giosa había adquirido sobre los salvajes de Mohu el mismo ascendiente que la Madre Ligorio en Yule.

Por la tarde visitamos el pueblo. Mohu es un pueblo aseado y bien construido. Las casas están á cordel, y la calle que las separa, bien enarenada, mide de diez á quince metros de ancho. El jefe principal nos recibe y acompaña á la *maréa*, especie de casa consistorial: allí el Padre y el jefe principal dijeron largos discursos.

El día siguiente la caravana tomó el camino de Babiko, donde hombres, mujeres y niños se reunieron en la escuela, en la que se hizo el examen del Catecismo y cantóse una oración.

Terminada la sesión, el P. Genocchi y sus tres jóvenes compañeros se dirigen hacia el San José, el río descubierta y explorado por el intrépido Ilmo. Verius, y



ALTA CIMBEBASIA.—Aldea de Mwené Tchimpolo en Casinga. (Pág. 30)

salvajes no conocen más que dos notas: *do* y *la*. No puede imaginarse la profunda monotonía de sus cantos, cuyas palabras no tienen significación. A veces el sentido es comprensible; pero para que pueda juzgarse de la profundidad del pensamiento, baste decir que pasan una hora y más cantando sin intermisión: «Hay arroz en la marmita; hay arroz en la marmita; hay arroz en la marmita, etc., etc., ó cualquier otra cosa semejante.»

Mohu tiene al presente su casa de Religiosas. Poco antes de nuestra llegada, la superiora sor Joachim tuvo que ser trasladada moribunda á Puerto León; pero gracias á Dios está ya en salvo. La estación sufre mucho por su ausencia, pues esta excelente Reli-

que corre con rapidez por un cauce ancho y profundo; perdiéndose, al cabo de muchas vueltas, entre los árboles y las lianas del bosque.

(Se concluirá).

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XIV

Barah

UNA hora larga de subidas y bajadas por un suelo árido y pedregoso nos conduce al extremo de una meseta, delante de una capilla de materiales soberbios, pero derrumbados por los terremotos: paré-

ceme que debe atribuírse á las oscilaciones del suelo, y no á los demoledores, los desniveles horizontales en los sillares de las paredes.

La fachada lateral, cuyo dibujo se ve en la página 36, nos ofrece el primer ejemplo de una ornamentación original, absolutamente particular de estas comarcas, ó sea una ancha franja de molduras que corre al rededor de las ventanas, describiendo de una á otra una ondulación regular y que enlaza toda la composición. En otros edificios volveremos á encontrar esta decoración, modificada según el talento ó el capricho del arquitecto.

A pocos minutos de distancia nos hallamos en el centro de las ruínas de Barad, las más considerables de la serie.

Una tienda kurda, levantada en un claro de este bosque de edificios ruinosos, nos indica el sitio más oportuno para acampar. La mujer hace manteca balanceando bajo un haz de tres estacas, un odre con buena cantidad de leche. El hombre la contempla sentado en un diván de algodón rojo y de muselina bordada, lujo que contrasta con la miseria del menaje: la seda de colores vivos es la nota característica de la tienda kurda: estas pobres gentes todo lo sacrifican antes que privarse de ella.

El jefe de familia nos invita á sentarnos en su diván mientras montan nuestra tienda. Es el único instalado en esta meseta. Cuando las lluvias de otoño habrán hecho crecer la hierba, otras familias vendrán con sus rebaños, y durante el invierno todos se guarecerán en las cámaras y cuevas de las ruínas.

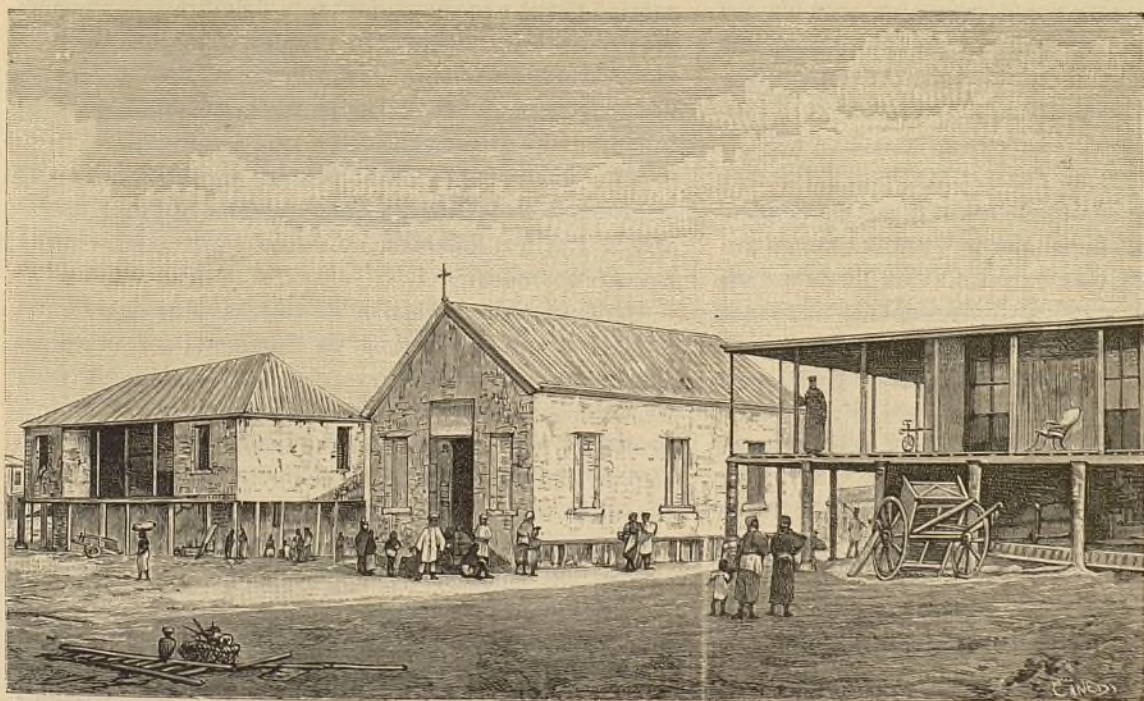
Barad cubre más de un kilómetro cuadrado. Se han conservado allí muy pocas habitaciones. Sin embargo, el considerable número de sus puertas, más anchas que en otras partes; las vastas cisternas que se encuentran



ALTA CIMBEBASIA.—Mwené Tchamba, reyezuelo de Casinga
(Pág. 30)

á cada paso; los ricos sepulcros, y dos magníficas iglesias cuyas majestuosas arcadas dominan el conjunto de las ruínas, todo indica una ciudad que, por su riqueza, su esplendor y su población no cedía á ninguna de las villas cristianas que hemos visitado hasta el presente, y tal vez las sobrepujaba á todas. El reinado de la piedra es allí más

absoluto aún y más magnífico que en los otros centros. La piedra tallada tiene allí mayores dimensiones; muchas de las paredes principales de las habitaciones están construídas con bloques tan grandes que imitan las construcciones ciclópeas. Todo es de piedra: los receptáculos, los hogares, los tubos para la conducción del



NUEVA GUINEA.—Yule Island. (Pág. 39)

agua, las puertas y ventanas: estas son lápidas con calados finos para templar los rayos directos del sol. El estudio completo de estos restos antiguos sería indudablemente uno de los más curiosos é interesantes.

A pesar de lo mucho que han sufrido las iglesias, ofrecen todavía imponente majestad. La más espaciosa (cincuenta metros por veinticinco), en el estilo común del país, conserva su hermosa fachada con una ancha ventana. Soberbios capiteles yacen esparcidos por el interior, y los restos de una capilla lateral, con ábside orientado como el de la iglesia, se ven al lado de la protesis. En ninguna parte, excepto en el-Barah, hemos encontrado una capilla en comunicación con la iglesia.

De otro tipo es la segunda iglesia, representada en el grabado de la pág. 29. Sus espaciosas arcadas descansan en gruesos pilares cuadrados. Más lejos, en Qalb-Luzeh, tendremos ocasión de estudiar otra iglesia del mismo género, mejor conservada.

De la necrópolis no quedan más que numerosas huecas funerarias abiertas en las peñas, al Norte de la ciudad, y un soberbio edículo cuadrado, abierto, que remata en una pirámide. (*V. el grabado, pág. 33*). Algunos bustos adornan las claves de bóveda de las arcadas, y la cornisa aparece adornada con cabezas de león. Una puerta da acceso á la cámara sepulcral, en la que no hemos visto inscripción alguna.

Una torre de los sarracenos ó de los cruzados rodeada de algunas ruínas, se levanta en una altura que hay al Sudeste de la ciudad. Junto á la torre hay una plataforma cuadrada en cuyo centro se ve un tambor de albañilería, de un metro veinticinco centímetros de alto, y en el suelo yace un fuste de columna de medio metro de grueso. Sin duda el tambor sirvió de base á la columna. Mas ¿que objeto tendría una columna aislada en esta eminencia? ¿Fué morada tal vez de alguno de los piadosos solitarios imitadores de San Simeón Estilita? La historia dice que fueron numerosos en la comarca. La conjetura está por lo menos en armonía con las construcciones que se hallan á algunos pasos, una capilla y un vasto edificio muy semejante á un convento. De él damos una vista tomada desde la torre. (*Véase el grabado de la pág. 32*).

El suelo de los alrededores es sumamente fértil. Los terrenos bajos donde se detienen las aguas están plantados de tabaco ó invadidos por la regalíz. Vense numerosas prensas para vino ó aceite. Una de ellas, inmediata á la capilla y cerca de la ciudad, tiene aún los montantes de piedra en los cuales encajaba el extremo de la palanca, y el hogar que servía para cocer el vino, según la costumbre general en Siria, ó para calentar el agua con que se rociaban las aceitunas antes de prensarlas.

RESOLUCIÓN SOBRE EL JURAMENTO DE LOS MISIONEROS.

HABIÉNDOSE suscitado en algunas Misiones dificultades acerca de la interpretación y fuerza que debe darse á las Bulas de Benedicto XIV *Ex quo y Omnium sollicitudinum*, en las cuales se pres-

cribe el juramento que han de prestar los misioneros de China é Indias, la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, á la que con este motivo se había expuesto la duda de «si deben prestar dicho juramento los presbíteros indígenas igualmente que los europeos,» encomendó todo el asunto á la del Santo Oficio, la cual, después de las necesarias y oportunas informaciones, dió la siguiente respuesta, confirmada por Nuestro Santísimo Padre León XIII: *Juxta noviter habitas informationes teneri*. Pero al mismo tiempo que hace extensivo, en virtud de esta sentencia, el juramento de que hablamos á todos y á cada uno de los sacerdotes misioneros, tanto europeos como indígenas, observa que, una vez prestado ante el Superior de la Misión, su valor y fuerza permanecen siempre de tal modo, que si el misionero cambia de Misión, y por consiguiente de obediencia, no le es preciso renovarlo, basta presentar al nuevo Superior el testimonio del juramento prestado anteriormente.

LOS INTERESES DE LA IGLESIA EN EL EXTREMO ORIENTE

I.

Diecinueve siglos hace desde que la Inmaculada, según la sublime expresión del Prefacio de la Virgen, *lumen aeternum mundo effudit*, «difundió sobre el mundo la luz eterna.» Y no obstante, ¡cuántas tinieblas todavía! ¡Cuántas tinieblas de monstruosos errores de la mente y de aun más monstruosas abominaciones del corazón y de la corrompida naturaleza humana! ¡Cuántas tinieblas sobre todo y cuán espesas é impenetrables en aquellas regiones precisamente en que más resplandece la luz y en que tiene su cuna el sol!

Sentimiento de profundísima compasión y piedad debe inspirarnos el Oriente y sus remotísimos confines, al recibir al Divino Niño de Belén, y considerar que en aquellas regiones no se le recibe, antes por el contrario, se le rechaza: porque en aquellas regiones no brotan las puras azucenas que tanto deleitan á la Inmaculada Virgen y á su castísimo esposo San José, y entre las cuales se apacienta el Cordero de Dios; porque en aquellas regiones no saben sentir la amabilidad y humildad de un Dios hecho Niño, que á nadie hace sufrir, y sufre por todos, y á todos ama, no saben más que «blasfemar de lo que ignoran,» y, como abyectos esclavos de Lucifer, sujetarse al férreo yugo de sus espantosas crueldades.

Inmensa es la extensión de tierras y de mares, inmensa la zona de tinieblas no iluminada por el sol de justicia que suele señalarse con la denominación vaga é indeterminada del Extremo-Oriente, mas hoy por hoy hemos de fijar nuestros ojos y nuestros corazones tan sólo en el Japón y la China, á fin de llamar á las puertas de la divina misericordia en demanda de gracias eficaces para tantos millones de desgraciados.

Pasemos, pues, de vuelo por encima de las comarcas en que griegos y armenios y coptos reclaman nuestras oraciones para su unión con Roma; pasemos sobre la Turquía Asiática, y la Persia, y el Indostán, y el Afganistán, y las regiones todas de uno y otro lado del Ganges, tan alejadas de Dios como esclavizadas por

Lucifer; lancemos al cielo la saeta de una oración mientras dejamos atrás entre sus colosales monumentos idólatricos los reinos de Siam, el imperio de Anam, la Cochinchina, el Tung-king, y descendamos por fin al gran archipiélago japonés, internándonos en el impenetrable é interminable bosque de cuatrocientos millones de almas que pueblan el Celeste Imperio.

II.

Las miradas del mundo civilizado han estado fijas últimamente en ese inmenso teatro en que se disputaban la presa de la gran península de Corea, armados hasta los dientes, esos dos Imperios asiáticos; y hasta se llegó á temer que la intervención de cualquier potencia europea en favor de una de las dos partes beligerantes arrojara la chispa precursora de la conflagración gigantesca en que tarde ó temprano se ha de abrasar el mundo. Mas el tratado de paz de Shimonosaki ha conjurado por ahora el peligro, y el imperio de S. M. Mutsu-Hito, el Japón, coronado del laurel de una serie no interrumpida de victorias, y después de haber conquistado el título de gran paladín de la raza amarilla; vuelve en el seno de la paz á su febril empeño de emular en todo linaje de progresos, en las ciencias y en las artes, en la industria y el comercio, los adelantos de nuestros más afamados emporios.

Mas preguntémosnos ahora: el haber llevado á cabo los japoneses hace unos treinta años la destrucción completa del antiguo régimen feudal, unificando últimamente el imperio por el actual régimen con sus Parla-mentos á la europea, el haber copiado del Occidente, al par que los armamentos de mar y tierra, los procedimientos legislativos y diplomáticos, ¿será una garantía para la predicación y difusión de la fe de Jesucristo? ¿será un bien para los 60,000 católicos que se encuentran en aquellas lejanas tierras en poder de cuarenta millones de enemigos?

A las Universidades y Academias de Berlín, de Londres, de París y de Viena han venido á estudiar desde *la tierra en que nace el sol* jóvenes tan inteligentes y nobles como el general en jefe del ejército japonés Yamagata; al Japón han ido comisionados europeos para perfeccionar sus artilleros y sus Academias militares como la llamada de Sikam-Gakko; y no puede negarse que, gracias al impulso recibido de fuera y á sus dotes características de talento y constancia emprendedora, los japoneses cada vez tienen menos de la inmovilidad asiática; los japoneses avanzan, pero avanzan hacia la civilización católica, que como tal, es la antítesis de la moderna.

Los europeos han inoculado el virus de la irreligión en los japoneses, les han persuadido de que en Europa tanto más se progresa materialmente cuanto se precinde más del espíritu, del alma y de Dios; que la ciencia rechaza toda comunicación con el cielo; que los hombres verdaderamente ilustrados no tienen más Dios que el placer, ni creen que la vida tiene más término que la nada.

La prensa japonesa, muy numerosa ya, y que corre en manos de todos, difunde tan perversas doctrinas; y como si tantos elementos de perdición no bastaran, la Masonería, que tiende sus hilos de araña infernal por

todas partes, tiene allí logias y traslogias de diversos ritos satánicos, y activos afiliados en comunicación con la sede de Charlestown y con otras Sociedades luciferinas, lo mismo en Yedo que en Neegat, en Osaka que en Nagasaki, en Yamanashi que en Simoda ó Yokohama.

Los frutos malditos de tal propaganda, mezclados con los restos de supersticiones antiguas y costumbres ya hace siglos muy abominables, producen una inmoralidad y corrupción espantosas, valladar contra el cual se estrecha la pureza de la doctrina evangélica.

No parece sino que el enemigo de la naturaleza humana, Lucifer, que fué allí derrotado por San Francisco Javier y por tantos hijos de San Ignacio de Loyola, ha recobrado de nuevo sus usurpados derechos, y con cruel tiranía venga en los japoneses la guerra que le hicieron en el glorioso siglo XVI; y, por justo castigo de Dios, se encruela en ellos, por lo mismo que ellos le han preferido al dulcísimo Jesús; y, volviendo la espalda al Evangelio, han pisoteado la sangre de Cristo junto con la sangre de tantos preclaros mártires sus antepasados, de que la Iglesia del Japón y la Iglesia universal se glorían.

III.

Mas donde el satanismo impera casi desde que hay memoria de hombres, y despliega avasalladores sus dos principales caracteres de fría crueldad y abominable lascivia, es en el imperio del Medio, como asimismo se llama el Imperio Celeste, con denominación análoga á ciertas obscenas é infernales denominaciones masónicas. En ninguna parte está más entronizado ni tiene esclavos más envilecidos el enemigo de la naturaleza humana que en aquel vastísimo Imperio, suyo enteramente desde hace tantos y tantos siglos: allí, como lo pinta con característicos rasgos San Ignacio de Loyola en su célebre meditación de *dos banderas*, «allí sí que se asienta Lucifer en una gran cátedra de fuego y humo en figura horrible y espantosa,» pues, al contrario de las falsas deidades de Grecia, horribles son sus ídolos con sus cien cabezas, y brazos, y pechos, y manos en forma de abanico, ó con sus cabezas de serpiente y sus alas de dragón; y horrible es el fuego de las más brutales y nefandas concupiscencias que inspira á sus adeptos, y aun más horrible, si cabe, la estúpida frialdad con que ó matan ó mueren por móviles, ó los más mezquinos ó los más infames: allí el infanticidio de miles de niños arrojados como los desperdicios de las casas para saciar el hambre de los cerdos es una de tantas costumbres recibidas y se mira con la más completa indiferencia, como si allí los padres no tuvieran corazón y las madres no tuvieran entrañas.

Allí, lo mismo sobre el palacio imperial cuajado de eunucos, que sobre los mástiles de las naves chinas cargadas de chusma narcotizada por el opio, flota y ondea en la amarilla bandera patria el dragón azul, símbolo del dragón infernal, la representación del Tcheun-Yunn (el invariable Medio) el dios del fuego, Lucifer, que avanza con las fauces entrebiertas en actitud de devorar y destruir la Hostia católica, y atestigua así la guerra incesante que declara al verdadero Dios en los fieles, en sus ministros, en sus templos y en el adorable misterio de nuestros altares; y allí, para llevar esto á ca-

bo, á más de innumerables logias masónicas de diferentes ritos, existe la Asociación secreta San-Ho-Hoei, entregada en alma y cuerpo al culto de Lucifer y á la destrucción del Cristianismo en todas las Misiones de la China, tanto católicas como protestantes.

Cuando, pues, leáis en los periódicos de Europa la relación de los asesinatos ó martirios de los Jesuitas, de las Hermanas de la Caridad y de tantos otros Religiosos y Religiosas que se aventuran como corderos en medio de aquel pueblo de lobos, no os contentéis con buscar las causas ocasionales, subid al origen de esas persecuciones, y os encontraréis allí, como aquí, con el gran enemigo tantas veces denunciado por nuestros Pontífices, con la Masonería luciferina; os encontraréis allí como aquí con la perdurable lucha de las tinieblas contra la luz, del mal contra Jesucristo.

Las últimas matanzas de la China, de que aun conti-

se da la consigna en las traslogias masónicas; arrojan los cómplices durante la noche dentro de las tapias de alguna casa religiosa de una Misión el cadáver mutilado de un niño: se denuncia en seguida á la policía la falta de un niño en la familia... las sospechas..., y la policía encuentra, en efecto, al amanecer, dentro de la casa de los misioneros, el cadáver de un niño mutilado: se arremolina el pueblo, se exalta, se enfurece, y comienza la era de las nuevas persecuciones.

IV.

El virrey de Su-tchuen no daba últimamente al Emperador más causa de los asesinatos, incendios y pillaje de aquella región que la consabida fábula de haberse encontrado en los orfanatos católicos niños robados, mutilados, etc. Con más verdad hubiera podido notifi-



NUEVA GUINEA.—Thursday Island: vista general. (Pág. 39)

núa hablando la prensa, no han tenido sin duda otro origen como ni otras matanzas europeas. ¿Lo recordáis? Los masones de España un día del año 34 decretan propalar por el pueblo que los frailes envenenan el agua escasa de las fuentes de Madrid; y el populacho degüella á los frailes para que al menos tengan todos sangre abundante que beber: otro día en Lisboa, y de esto hace pocos meses, la Masonería propala que los sacerdotes roban y matan niños para sus filtros diabólicos, y la plebe, que se arroja sobre los ungidos del Señor gritando: ¡Venganza y muerte! á duras penas es por fin reprimida: pues bien, un día en el Celeste Imperio

car á su señor natural el emperador Tsai-Tien-Hoang-Ti lo que nos consta por documentos particulares directamente enviados de Chang-hai y que tenemos á la vista, á saber, que dicho virrey en vez de proteger á los cristianos, gritaba á la multitud amotinada: «Destruid y robad cuanto queráis; pero no prendáis fuego á las casas de los misioneros, no sea que se corra la llama á las nuestras.» Hubiera podido asegurar dicho virrey que en aquella ocasión, tratando de desenterrar los fabulosos tesoros de los misioneros de Su-tchuen, tropezaron los asesinos y alborotadores con huesos humanos que expusieron á la vista del enfurecido pueblo claman-

do: «¡Ahí tenéis los huesos de los infelices asesinados por los misioneros!» pero hubiera debido añadir que aquellos huesos eran las santas reliquias del mártir Mons. Dufresse, decapitado en odio de la fe por los gentiles unos setenta años antes.

No es posible dudarlo: allí como aquí el Catolicismo es la víctima designada de antemano por el odio de Lucifer y sus imitadores y secuaces. La existencia de los nihilistas de la China, del ejército sectario de 12,000 vegetarianos de la provincia de Kuag-Tung, llevándolo todo á sangre y fuego en las Misiones, los asesinatos de la provincia de Fo-Kien, el singular auxilio prestado por los soldados del Gobierno chino á la Misión anglicana de Ku-Cheng, uniéndose á los asesinos é incendiarios para destruir enteramente los establecimientos religiosos ó benéficos en que campeaba la cruz de Cristo; no pueden explicarse satisfactoriamente sino como ramificaciones y explosiones de las sectas secretas y satánicas. Y lo más desconsolador es que allí como aquí, influyendo los principios masónicos y por lo mismo anticatólicos en los Gobiernos, las víctimas de tantos desastres y persecuciones no pueden apelar en definitiva más que al tribunal de Dios.

Es verdad que la cismática Rusia, que las protestantes Inglaterra y Alemania, que la Francia revolucionaria y masónica han reclamado contra los asesinatos de la China; pero ¿en nombre de qué reclaman? En nombre de la humanidad y no de la cristiandad; pues ninguna de esas grandes naciones, ni todas ellas juntas y unidas con las demás de Europa, representan ya aquel gran poder que se llamó la cristiandad, ni saben ya desenvainar la espada en defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia.

¡Sería tan hermosa la federación gigantesca de todas las grandes potencias de Occidente arrojándose sobre el Asia, no para destruirla y arrasarla, y borrar esa gran mancha del mapa del mundo, sino para sacar á sus pueblos del abismo de su abyección y levantarlos en sus poderosos brazos á las alturas de la civilización cristiana!

¡Mas por ahora hay que contentarse con menos, infinitamente menos! Dicese que ante la intimación y amenaza de Inglaterra, el Gobierno de Pekín destituye al virrey de Su-tchuen, y que el Gobierno chino accede á satisfacer á Francia una indemnización de 940,000 tael por los destrozos de sus Misiones y matanza de sus misioneros. Pero... ¡allí como aquí! se destituirá al virrey para trasladarle quizás más tarde á provincia de más importancia en atención á sus buenos servicios; y lo que se recaude en calidad de indemnización se irá quedando por el camino antes de llegar al Procurador general de las Misiones extranjeras.

Entre tanto los muertos... bien muertos quedan; y bien muerta y bien desamparada queda la Religión cristiana en aquellas desdichadas regiones si el Corazón de Jesús no tiene de ellas misericordia; que, allí como aquí, aunque Jesús, el Niño de Belén es el signo de contradicción de cuantos se obstinan en perderse para siempre, también es al mismo tiempo la única salvación de todos. Digámosle, pues, con humildad y amor: ¡Señor, sálvanos, que perecen; sálvanos, que perecemos!

JULIO ALARCÓN Y MELÉNDEZ, S. J.

LA PRIMERA PIEDRA

DE LA BASÍLICA DE SAN ESTEBAN EN JERUSALÉN

TOMAMOS de una correspondencia los siguientes datos acerca la restauración de dicho templo:

«Sabido es que los Dominicos franceses adquirieron hace diez años en Jerusalén el terreno donde fué lapidado San Esteban, sobre el cual han fundado un convento de su Orden y una facultad de estudios bíblicos y de lenguas orientales, con la alta aprobación de la Santa Sede.

«Las excavaciones practicadas en el terreno han puesto al descubierto las naves, atrios, todo el plano de las construcciones de la gran basilica que la emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el Joven, hizo levantar en aquel lugar en honor del primer Mártir.

«Los peregrinos y turistas de la Palestina visitan con gusto estas ruínas, las mejor conservadas que hay en Jerusalén, y que ofrecen en su conjunto grande interés á la piedad y á la arqueología. Estos venerables restos, su emplazamiento, sus proporciones, los importantes residuos de mosaicos y columnas, juntamente con las inscripciones, son prueba de su autenticidad, atestiguada, por otra parte, por los arqueólogos más distinguidos. M. Guérin, que la ha visitado varias veces, se ha pronunciado en este sentido en su última obra sobre Jerusalén.

«Ahora se trata de levantar las ruínas. Las muchas dificultades, la falta de recursos principalmente, habían obligado á los Religiosos á aplazar esta empresa durante algún tiempo; pero se han decidido ya á poner manos á la obra.

«La bendición de la primera piedra de la restauración se ha verificado el día 10 del corriente. El Ilmo. Piavi, patriarca de Jerusalén, había aceptado la presidencia; pero hallándose indispuesto el día señalado, la cedió al Ilmo. Appodia, su auxiliar. El cónsul general de Francia, M. Ledoux con su familia y todo el personal del consulado tomó parte en esta solemnidad. El clero del patriarcado, las Comunidades religiosas, toda la colonia francesa y las familias católicas formaban numerosa asistencia.

«Su E. Ibrahim-Bajá, gobernador imperial de Jerusalén, estaba representado por Bechara-Habid-Effendi, su secretario y primer trujimán.

«La gran tienda de los Padres de la Asunción, que alberga la caravana de los peregrinos franceses, sirvió de capilla improvisada. Esta, juntamente con los edificios de San Esteban, lucían preciosas colgaduras y banderas con los colores y las armas de León XIII y la Tierra Santa. La música del seminario griego-melquita, dirigida por los Padres Blancos de Santa Ana, prestaba su concurso á la ceremonia.

«Después de la Misa el P. Esteban, prior del convento del mismo nombre, pronunció una alocución tan elocuente como oportuna. En la comida que se celebró después de terminarse la ceremonia, el mismo orador brindó por el Soberano Pontífice, por la Francia católica, por el Patriarca y por todos los bienhechores de la obra. El cónsul general contestó al brindis pronun-

ciado en honor de Francia, con sentidas palabras, en las que manifestó su alegría por el honor que tocaba á la nación francesa de poseer la facultad y el Santuario de San Esteban."

LA SOCIEDAD ANTIESCLAVISTA DE FRANCIA

UN periódico de París se expresa en estos términos al dar cuenta de la última reunión celebrada por la citada Sociedad.

"Su eminencia el cardenal Perraud ocupaba el 14 la presidencia de honor de la reunión de la Sociedad Antiesclavista de Francia, celebrada en el Instituto bajo la presidencia de Julio Simón.

"¿Era la presencia del nuevo Cardenal la que estimuló el celo de los socios? La asistencia era, en efecto, numerosa y escogida.

"La esclavitud cuenta en Francia con activos enemigos, tales como Mons. Jordan de La Passadière, el R. P. Charmetant, el abate Gardy, el duque Broglie, el conde Resbeck, el barón d'Avril, etc., etc.

"Dar libertad á los negros en el momento en que Europa se distribuye el Africa, ha dicho S. Ema., es una obra santa. Espero que la nueva dignidad con que acaba de honrarme Su Santidad, me ayudará á servir con más eficacia esa causa generosa.

"Después el eminente Prelado recordó al cardenal Lavignerie, que fué *tan glorioso defensor de la cruzada antiesclavista*.

"Luego de aplaudir el notable discurso de M. Julio Simón, y una conmovedora relación de los rescates de niños esclavos, relación que hizo el mismo autor de los rescates, el misionero del Alto Congo, R. P. Hallaire, la Sociedad Antiesclavista ha resuelto proseguir su obra humanitaria con la actividad que exigen las circunstancias actuales.

"En efecto, no se trata sólo de evangelizar negros, de rescatar esclavos, de salvar víctimas destinadas á los sacrificios humanos, sino que se impone una labor más apremiante.

"En la conquista y explotación del Africa, tal cual la practican las naciones europeas, no son siempre respetados los derechos de los negros. Ocurre que gentes civilizadas, para suprimir la esclavitud la reemplazan en su provecho con variantes que no son mejores.

"Contra los abusos de esta clase, la Sociedad Antiesclavista ha resuelto obrar en lo sucesivo."

CRÓNICA

Roma.—Su Santidad ha nombrado una Comisión destinada á promover la reunión con la Romana de las Iglesias disidentes. Componen esta Comisión los cardenales Vaughan, Langenieux, Rampolla, Ledochowski, Vicente Vannutelli, Galimberti y Mazzella. Se agregarán á la misma los Procuradores de los Patriarcas orientales católicos residentes en Roma.

—Se ha celebrado en Roma una gran fiesta, que lo ha sido para toda la Orden de Predicadores, en la consagración del P. González Duval, arzobispo titular de Petra. Ofició el cardenal Paroc-

chi como consagrante, y fué asistente Mons. Altmayer, misionero, arzobispo de Bagdad, de la misma Orden religiosa. Presenciaban la ceremonia el general P. Frühwirth y el R. P. Cicognani, procurador general; el R. P. Gardet, prior de Santiago, y el P. Luthier, misionero en Mosul.

Italia.—El Rmo. P. Juan M. Alfieri, de quien damos el retrato en la pág. 25, nació en Milán el 26 de Marzo de 1807. Desde muy joven renunció á los bienes terrenos y vistió el hábito de los Hermanos de San Juan de Dios. Elevado al sacerdocio, se hizo notar por su celo y abnegación, y fué nombrado prior, procurador de la Orden, y por último general en 1862. España atrajo las miradas del P. Alfieri, que lamentaba la extinción de su Instituto, nacido precisamente en Granada. Escuchó Dios los votos de su corazón, y en 1867 abrióse una casa en Barcelona, y á ella siguieron nuevas fundaciones en diversos puntos, hasta que en 1884 contaba ya la Orden con nueve establecimientos servidos por ciento sesenta Religiosos. El Oriente fué también objeto de sus desvelos, y gracias á ellos en 1880 se fundó una casa en Tantur, cerca de Jerusalén, trasladada más tarde á Nazaret, y de la que varias veces hemos hablado á nuestros lectores. En Agosto de 1888, purificado por larga y penosa enfermedad, entregó su espíritu al Señor, fortalecido con los auxilios religiosos y con la bendición apostólica.

Marruecos.—En Tánger, tras una breve y penosa enfermedad se durmió en el Señor, con el sueño de los justos, el día 28 de Noviembre, sor María del Buen Consejo Michelena Echanis, á la edad de 26 años y 3 de Religión, fortalecida con todos los auxilios espirituales, que los recibió con un fervor extraordinario, y asistida por los Religiosos hasta el ultimo momento. Es la primera que después de doce años que se hallan las Hermanas Terceras en aquella Misión, ha pagado el tributo de la vida en el servicio de los enfermos. Era Religiosa modelo por su humildad, caridad y misericordia para con los enfermos, quienes la bendecían como si fuese una madre, cuyas veces hacía con ellos.

Cuando le anunciaron que su fin se acercaba, se llenó de satisfacción, y con mirada serena y tranquila fijaba los ojos en el Crucifijo y le dirigía los más tiernos afectos. Pidió con humildad perdón á todos los que se hallaban presentes, y á la Superiora le rogó por amor de Dios que le concediese el santo hábito, única cosa que deseaba en este mundo para presentarse á su Divino Esposo. Al Padre que le asistía le pidió que rogase á Dios por ella, si iba al purgatorio, que ella se acordaría de él en el cielo.

Su muerte ha sido muy sentida, y su entierro el más solemne que se ha visto en Tánger; pues asistieron todos los misioneros con el P. Lerchundi, las Autoridades españolas, el cuerpo diplomático, los médicos de todas las naciones y un gentío inmenso, que con lágrimas le pagaba el último tributo de amor y respeto. Los hebreos y moros quisieron honrarla siguiendo el fúnebre cortejo hasta el cementerio. Abandonó el mundo para seguir á Jesucristo y dar su vida por sus hermanos; y Dios ha querido darle esta gloria accidental entre los infieles, ya que ha sacrificado su existencia en el servicio de los pobres enfermos, quienes en cambio de sus servicios le comunicaron la viruela, y la pusieron en camino de recibir en edad temprana la corona del sacrificio.

Collipulli (Chile).—El R. P. Pedro Quintana, misionero franciscano, escribe desde Collipulli el 25 de Abril de 1895:

"El 16 del presente mes, después de haber tenido el placer de celebrar los Oficios solemnes de Semana Santa en esta Misión, me trasladé á la capilla misional de Huapitritó á dar una Misión con el doble objeto de evangelizar á los indios allí residentes y de proporcionar á los fieles, mapuches y españoles, la facilidad de cumplir con el precepto pascual. Me detuve en este lugar siete días instruyendo y catequizando á los indios, y reconciliando con Dios á todos los que acudían á lavar sus almas en las aguas saludables del sacramento de la Penitencia. Hubo muchas confesiones y comuniones y bautismos de indios y españoles, y un matrimonio de mapuches.

"Hay en este casamiento de mapuches algo de sublime, de santo y de bellissimo ejemplo que imitar debieran los cristianos. Me

refiero á la confesión que con tanta fe y devoción hizo la novia antes de casarse, y al fervor con que recibió en su pecho el Pan de los Angeles, para hacerse acreedora á las gracias y bendiciones que la diestra del Señor dispensa por medio de los Sacramentos. Es éste uno de los tantos sazonados frutos que desde hace tiempo viene produciendo la semilla evangélica esparcida por los misioneros predecesores nuestros, y que nosotros habiendo llegado en tiempo de cosecha tenemos que cogerlos cuidadosamente sanos y limpios de entre la cizaña introducida por el enemigo de las almas. El corazón del misionero franciscano, exultante de santo regocijo al ver fructificar la fe en los corazones de aquellos hasta poco ha considerados indómitos y pertinaces para abrazar la civilización, no puede menos de prorrumpir en alabanzas al Dios verdadero que se ha dignado alumbrar las inteligencias para que conozcan á El, Dios solo y verdadero, y bendecir la memoria de los antiguos misioneros que han predicado la *buen nueva* en estas comarcas. ¡Dios sea conocido y bendecido en el universo mundo!»

Noticias varias.—El gobernador del Congo portugués ha propuesto al Gobierno para una condecoración al misionero católico P. Campana, superior de la Misión de Landana, individuo de la Congregación llamada del Espíritu Santo. Esa Misión sostiene un hospital, y recibe igualmente á los católicos y á los idólatras africanos, obrándose con este motivo de la asistencia médica bastantes conversiones.

LOS BARBEROS EN EL CONGO BELGA.—El misionero P. Van Damme cuenta cómo los jóvenes del Congo proceden entre sí al corte de los cabellos.

«Se forman dos grupos, dice, y van á instalarse los unos bajo la única palmera del patio, los otros en el interior del *chimbech* que sirve de dormitorio.

«Entonces se procede á la confección de la correspondiente navaja de afeitar. Se pone en el suelo una botella sosteniéndose sobre la boca de la misma, y el operador le da en el cuello un golpe con tal destreza, que de ordinario no hace saltar más que un pedazo de vidrio.

«El artista y su cliente examinan este pedazo con cuidado, y si es bien cortante, hará el oficio de la primera navaja de afeitar. Y digo la primera, porque teniendo que cortar un pelo tan duro, pronto el instrumento queda sin corte; se necesitan lo menos diez para rapar una sola cabeza.

«Unos hay que manejarlos con la mano derecha, los otros con la izquierda. No se jabona, y muchos no se cuidan siquiera de remojar el pelo que hay que cortar.

«Por esto el paciente hace visajes y da gritos á veces, pero el operador continúa sin inmutarse. Sin embargo, si la víctima, demasiado despellejada, se hace turbulenta, el barbero tranquilo y digno deja el trabajo á medio hacer.

«El paciente, medio afeitado, queda en libertad de ir á buscar, entre las carcajadas de los presentes, otro barbero más complaciente que transforme en bola bien lisa su cabeza, en parte afeitada y en parte cubierta de un laberinto de pelo.»

VARIEDADES

HERMOSAS PALABRAS DE UN CONVERTIDO

CARTAS escriben los que del Protestantismo se convierten al Catolicismo, y cartas escriben los que del Catolicismo se pasan con armas y bagajes al Protestantismo. Mas ¡qué diferencia en el tono de esas epístolas! ¡Qué espíritu de caridad, qué paz, qué unión, qué cortesía respiran las comunicaciones de los primeros! ¡Qué espíritu de odio, qué desasosiego, qué hiel, qué descortesía caracterizan las comunicaciones de los segundos!

La causa de tal discrepancia es evidente: el Angel bueno mueve el corazón y dirige la pluma de los que renuncian al error y abrazan la verdad: el ángel malo entra á hospedarse en el pecho de los que renuncian á la verdad para abrazar el error; y las palabras que dictare un tal mentor no pueden menos de llevar el sello de tan inicuo y pestilencial catedrático.

Así filosofábamos pocos días ha, al leer la tierna despedida que hacia á su señor obispo y á sus feligreses el Rv. Mr. Nelson Ayres, ministro que fué de una iglesia episcopaliana en la costa del Mississipi, y hombre que habrá dejado, por cierto, más deseo de sí en el corazón de los suyos, que no lo ha dejado en el corazón de los nuestros un José Emeterio Cruz, un Encarnación Lucero, un Rómulo Blea, un Gabino Rendón, un Higini Manzanera, un Desiderio Cisneros el *chato*, y toda la demás cáfila de *apóstoles*, *apostolillos* y *evangelistas* que ahora se sientan al opíparo banquete del presbiterianismo neomejicano.

Mas, tregua á la enojosa polémica; tregua á los recuerdos *comanchero-panzistas*; tregua á todo lo que pueda despertar memorias ridículas ó nauseabundas, y dejemos respirar á nuestros lectores una atmósfera pura, balsámica, embriagadora y vivificante, cual es aquella á que nos traslada la epístola del R. Mr. Nelson Ayres, recién convertido al Catolicismo. La comunicación es de este tenor:

«Como me faltó la oportunidad de hablaros en persona el domingo último, me sirvo de la pluma y del papel para despedirme de vosotros, como lo hago también del señor obispo del Mississipi, á quien dirijo hoy mismo las líneas siguientes:

«Mi querido obispo: Os escribo para poner en vuestras manos mi dimisión del cargo de misionero en la costa, y de ministro en la Iglesia episcopaliana. No es necesario enumerar las razones que me han inducido á dar este paso; mas sí puedo decir que he descubierto por fin la locura de querer ser al mismo tiempo católico y protestante. Cuanto á vos, mi querido obispo, puedo aseguraros que sólo tengo para vuestra persona el más profundo respeto y el mayor cariño. Aprecio infinito y os agradezco con todas las veras de mi alma la consideración y la bondad que siempre han caracterizado vuestras relaciones para conmigo, relaciones que yo no puedo romper sin experimentar muy honda pena y el más vivo sentimiento. Os suplico me perdonéis y roguéis por mí, mientras quedo, y siempre quedará vuestro afectísimo, etc.»

«Con respecto á vosotros, oh rebaño querido, entre quienes he trabajado siete años, y he contado con tantos y tan sinceros amigos, cábeme el triste deber de expresaros el pesar que me embarga al apartarme de vosotros; sí, de vosotros, cuya sociedad y trato han sido para mí tan deliciosos. No, nada podía obligarme á hacerlo, sino la voz imperiosa del deber, deber que tengo para con vosotros, y deber que me liga á mi propia conciencia; y hace que os deba á todos una palabra de explicación acerca de mi conducta.

«Educado en una secta protestante, cuyas preocupaciones contra todo lo que huele á Catolicismo están tan arraigadas, estudié las Escrituras y la Historia eclesiástica de los primeros siglos, y di mi nombre á la

Iglesia anglicana, creyéndome convencido de que ella era al menos una rama viviente de aquella Iglesia que Jesucristo compró con su Sangre preciosa. Así he creído y enseñado que sus ministros eran verdaderos sacerdotes; que sus sacramentos eran los conductos por donde se nos comunica real y actualmente la divina gracia; que sus enseñanzas eran enseñanzas del mismo Espíritu Santo. En esta persuasión he ejercido el ministerio por más de veintitrés años, bien que en los veinte últimos he experimentado dudas siempre crecientes, y dudas que me era tan difícil desvanecer como fastidioso quedarme entregado á ellas.

«De haberme fijado más en el curso actual del mundo, y menos en las teorías de una escuela como la hay en la iglesia que ha sido más ó menos mi iglesia, yo hubiera desde hace tiempo salido de toda duda, porque la Iglesia de Dios es una ciudad levantada en lo alto de una colina, que no puede quedar escondida. Es dicha Iglesia la que enseña la verdad divina con una voz en que se juntan la autoridad y la certeza; es dicha Iglesia la que reclama para sí y posee en toda realidad los Sacramentos y todo cuanto Jesucristo ha prometido; es dicha Iglesia la que tiene por encargo especial, á semejanza del Divino Maestro, el de quitar los pecados del mundo. No, yo no oso por más tiempo rehusar mi obediencia á la Santa Iglesia católica.—*Nelson Ayres*.—Nueva Orleans, 20 de Junio de 1895.»

Al leer esta carta, todos habrán echado de ver la serenidad de alma, la nobleza de corazón y la exquisita finura y caridad del recién convertido. Mas ¡qué diferencia con las cartas de los que abandonan la Iglesia católica, y en que quieren dar las razones que los han inducido á la apostasía!

Todas sus palabras no respiran más que la ira y el furor de que están poseídos. De su boca sale á borbotones la hiel amarga y el tósigo cruel de que se halla henchido su corazón. Se atreven á disfrazar su *apostasía* con el nombre de *conversión*. La Iglesia, de que eran miembros indignos y gangrenados, es para ellos la Bestia del Apocalipsis, la Babilonia de nuestros tiempos, la esposa de Satanás. Los Papas, los Obispos, los sacerdotes son el mismísimo Anticristo ó los viles esclavos del Anticristo. Nuestros dogmas más venerandos son para ellos invenciones de los curas; nuestras prácticas de devoción, puras idolatrias ó supersticiones; nuestros ayunos y abstinencias, sangrientos insultos para el que con su sangre satisfizo abundantísimamente por los pecados del mundo, etc.

Ved ahí como se pintan nuestros apóstatas por lo que son en toda verdad; es decir, las *heces* que nosotros cedemos muy gustosos á los protestantes, á trueque de la *nata* que los protestantes nos dan á nosotros en todo tiempo y en todo lugar.

(*La Revista Católica*, de las Vegas).

EL SACERDOTE

¿Veis ese hombre cuyo vestido hace diecinueve siglos no ha consultado á la moda? A veces su continente llama la atención; pero, por lo general grave y severo, impone respeto aun á los que pugnan por no someterse á ese sentimiento. Siempre va de luto; ¿qué dolores

tiene que llorar? Visita muchas veces los templos; ¿acaso tiene tanto que pedir? Con frecuencia se le ve en casa de los aristócratas, y aún con más frecuencia en las humildes moradas de los hijos del pueblo; ¡qué! ¿acaso no tiene un definido círculo social? A veces se halla en un lugar elevado, y desde allí, de pie, habla largamente á la multitud que absorta le escucha; ¿acaso tiene algo que enseñar? Otras veces, recogido y silencioso está al pie de la sagrada tribuna, oyendo la palabra de su hermano; ¿acaso tiene algo que aprender? Sus libros nunca están ociosos, y con frecuencia tiene que dar cuenta de la instrucción adquirida; ¿para qué ese afán de estudiar?

No hay arte á que no se aplique; no hay ciencia en que no sobresalga. No hay humillación que no sufra. Ni una corona le falta; ni la de laurel, ni la de espinas. Tampoco le falta una palma á su mano, *ni la del triunfo, ni la del martirio*; ó es amado por los hombres de corazón recto, ó odiado y escarnecido por la impiedad y el libertinaje.

Es rico para dar, pero para vivir es pobre. Sabe ser odiado, mas no sabe lo que es odio. *Unos le calumnian*, otros le besan la mano. Todos, hasta sus mayores enemigos, le dan el dulce nombre de *padre*. No hay provincia, ciudad, ni pueblo de la tierra que no le conozcan. El sol no se pone en sus dominios.

¿Quién es ese hombre tan extraño y que no fué conocido durante cuatro mil años en ninguna de las civilizaciones? Su nombre lo dice todo: es el ¡Sacerdote! A la luz de la fe, es Cristo en la tierra. A la luz de la civilización, es el autor de la civilización y su conservador. A la luz de la hoguera, es un mártir. A la luz de la lámpara del templo, es una víctima. A la luz de la historia, un triunfador. A la luz de las ciencias, un maestro. A la luz de la falsa ciencia, un retrógrado, un obscurantista, una resistencia en el camino del progreso. A la luz de los petroleros, un perseguido. A la luz de la teología, un salvador. A la luz de la vela que tiene el moribundo en su mano, es el único amigo. A la luz del sol, ora, predica, enseña, ofrece el holocausto. A la pálida luz de las estrellas, va á buscar á los enfermos, va á llevar la paz á los que le buscan, va á fortificar y á llevar consuelos.

Al concluir el mundo antiguo, se llama Pedro. Al concluir el siglo I, todavía se llama Juan. Cuando los bárbaros amenazan destruir la civilización, se llama Agustín, León. Cuando hay que refrenar al mundo, se llama Francisco y Domingo. También se llama Bernardo.

Cuando el mundo cristiano llega á su apogeo, cuando un pedestal de trece siglos necesitaba una figura digna de ocupar la cúspide, entonces el Sacerdote se llama Tomás de Aquino. Id á los hospitales, y allí se llama Vicente de Paúl. En Europa se llama Ignacio. En el Japón se llama Javier. En América se llama Bartolomé, se llama Mongía, se llama Margallo. En la cúspide de las ciencias se llama Silvestre II, se llama Pío II, se llama Copérnico y se llama Secchi.

¿Buscáis un genio? Pues llamadlo Feijoo y llamadlo Bossuet.